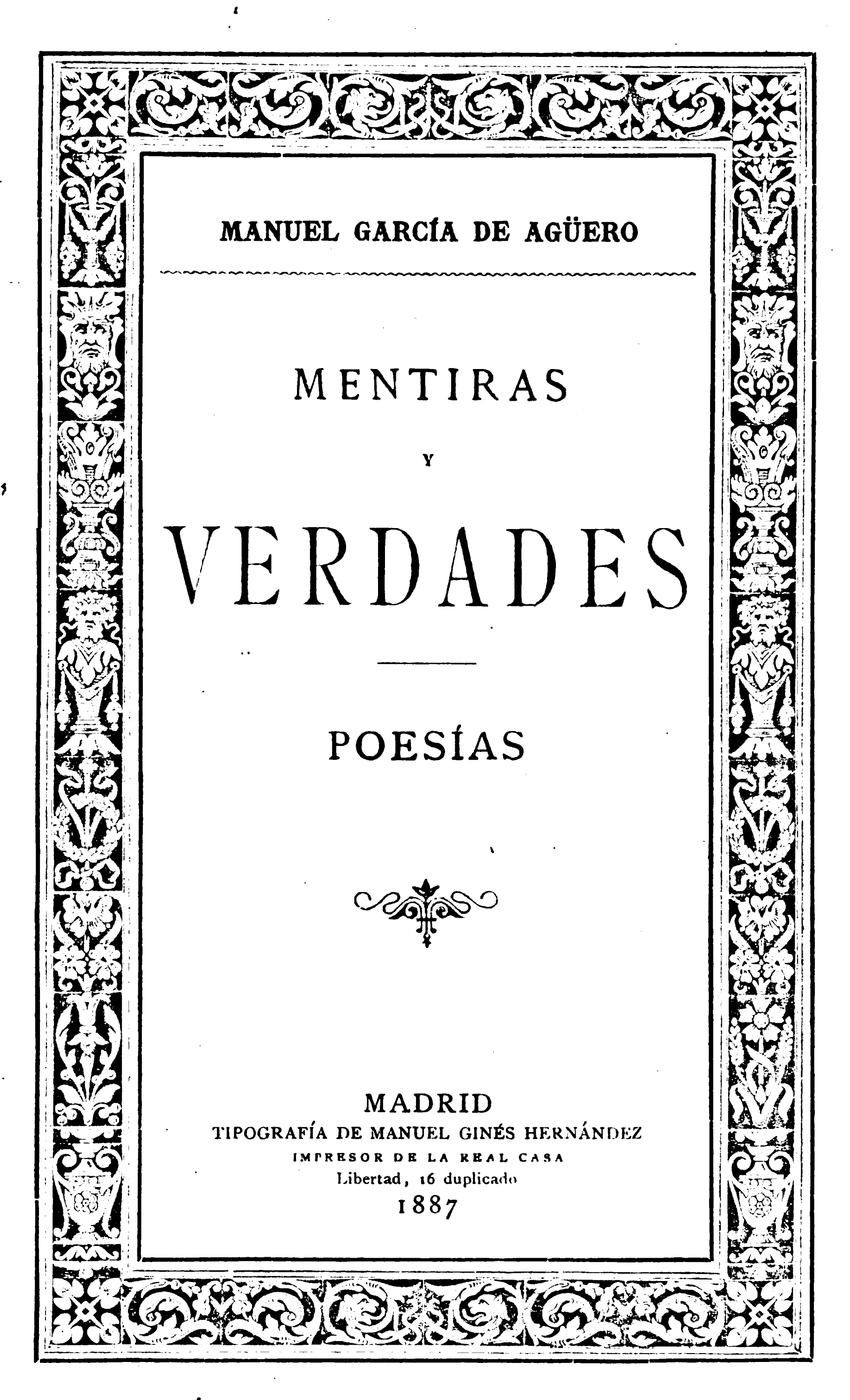


MANUEL GARCÍA DE AGÜERO

MENTIRAS
Y
VERDADES

POESÍAS

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1887

A S. A. R. La Infanta
Doña María de la Paz
Princesa de Baviera.

Serenísima Señora:
B. L. P. de V. A. R.

Manuel G.ª de Agüero.

MENTIRAS Y VERDADES

Compiègne

MENTIRAS

Y

VERDADES

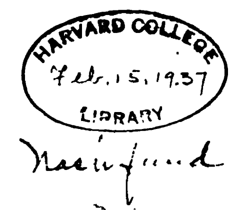
POESÍAS

DE

MANUEL GARCÍA DE AGÜERO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1887


HARVARD COLLEGE
LIBRARY

A MI HERMANA AMALIA

En mis versos pretendí
retratar el alma mía;
y al decir lo que sentía
no expresé lo que sentí.
El mar que se agita en mí
es tan violento y tan hondo,
que si atrevido le sondo
con la luz de la razón,
de mi propio corazón
no logro llegar al fondo.
De mí mismo sólo sé
que en este mundo malvado
he sufrido y he gozado;
sufrido más que gocé.
Con tierno afecto te amé,
y no sin razón arguyo
cuando la lucha concluyo
y gozo de dulce calma,
que al darte toda mi alma
te doy lo que ya era tuyo.

MANUEL GARCÍA DE AGÜERO.

Enero 24, 1887.

2


SONETOS

A S. M. EL REY

SONETO

Iris de paz que el cielo nos envía:
esperanza del pueblo que te adora:
del porvenir antorcha bienhechora:
de Regia madre orgullo y alegría:
descendiente del Rey de la hidalguía:
heredero de espada vencedora:
tras densa oscuridad radiante aurora,
presagio de sereno y claro día:
¡Dios te proteja contra negra saña!
¡No empañe tu esplendor nube importuna!
¡Respete el huracán la frágil caña!
¡Alumbre el sol constante tu fortuna,
para ceñir con gloria de la España
la corona que encuentras en tu cuna!

Á S. M. LA REINA REGENTE

SONETO

¡A vos, que de la vida en los albores
sois mártir del dolor! ¡A vos, señora,
que solitaria recorréis ahora
una enlutada senda sin amores!
¡A vos, que desdeñando los temores,
con política sabia y previsora
del sol naciente que su pueblo adora
protegéis los futuros resplandores!
¡A vos dirijo la palabra ruda
que de los labios por brotar se afana:
ferviente invoco la celeste ayuda
para mi noble tierra castellana:
y, al inclinarme ante la Regia viuda,
saludo á la española Soberana!

LA PERLA DE MURCIA

Á MI SOBRINA CAROLINA MELGAREJO Y ESCARIO

La morisca ciudad que de palmeras
orgullosa corona su hermosura,
mirando en los cristales del Segura
sus bosques de naranjos y moreràs;
la que con tierna voz noches enteras
canta sus dichas ó su amor murmura,
mientras el alba sonrosada y pura
apaga las estrellas hechiceras;
la que constante el sol rendido adora
y con jazmín y nardos engalana;
en la sin par diadema que atesora
perla más bella ostentará mañana,
desde que tú, radiante y seductora,
dejaste el cielo para ser murciana.

Á QUIEN YO SÉ

En el Teatro Real te he visto anoche
muy elegante en palco de platea,
y te he encontrado, como siempre, fea
apesar de tu título y tu coche.
Dicen que los diamantes de tu broche
valen medio millón; y aunque así sea,
yo no por eso cambiaré de idea;
pues no te hace más linda ese derroche.
Que ni tu frente llegará á ser pura
llevando, como ayer, turbante moro,
ni darán esbeltez á tu cintura
las galas que te cuestan un tesoro;
porque Dios que reparte la hermosura,
no la vende jamás á peso de oro.

Á QUIEN SÉ YO

Cerca de dama altiva y orgullosa
que como ley impone sus antojos,
á quien tu blanca tez produce enojos,
te he visto anoche, como siempre, hermosa.
Y al contemplar tu frente candorosa,
tu talle sin igual, tus labios rojos,
la celeste mirada de tus ojos,
tus mejillas de nácar y de rosa,
he comprendido que tus lindas flores
dan envidia al costoso terciopelo,
y el brillo de tus dientes seductores
produce su pesar y su desvelo;
porque ella debe al arte sus primores,
mientras tú debes tu hermosura al cielo.

Á UN DIABLO COMO HAY POCOS

Puesto que yo jamás quise enojarte,
será forzoso hacer cuanto deseas
para lograr que, al fin, demonio seas
y en el infierno puedas colocarte.
¡Ay! Morirá tan sólo con mirarte
el condenado que en tus garras veas;
pues son tus ojos infernales teas
en que el alma se abrasa al adorarte.
Mas si llega á saberse aquesta historia,
te ha de servir tu antojo de castigo;
porque, si no me engaña la memoria,
tienes en este mundo algún amigo
que al infierno se irá desde la gloria,
sólo por el placer de estar contigo.

Á UNA INGRATA

Una mujer como la roca dura
causa mi dicha y causa mi quebranto;
disipa mis pesares con su encanto,
y los hace nacer con su hermosura.
Cuando brilla en sus ojos la ternura,
convierte en esperanza el triste llanto,
y el placer celestial torna en espanto
si enojarse la ve mi desventura.
Una mirada suya es mi alegría;
mas su dulce mirar en vano imploro;
tranquila goza con la pena mía,
y esta pena es mi bien y mi tesoro;
que, siendo más ingrata cada día,
yo, cuanto más ingrata, más la adoro.

Á UNA MÁSCARA

Máscara que idolatra el alma mía,
renuncia por piedad á tus antojos;
déjame ver el brillo de esos ojos
más bellos que la luz del claro día.
Perdona mi locura, mi osadía,
y pueda yo besar tus labios rojos;
que si dejarte ver te causa enojos,
se cifra en contemplarte mi alegría.
Haz cesar compasiva mi quebranto
tirando esa careta que me mata;
te juro que mi amor es puro, santo;
tu esposo quiero ser.—¡Ya la desata!—
¡Qué miro! ¡Eterno Dios! ¡Es un espanto!
¡Vieja! ¡Tuerta! ¡Sin dientes! y... ¡mulata!!!

LA INCREDULIDAD

Érase un ruiseñor muerto de celos
al ver su amante ruego desoído;
érase un amaranto que afligido
inútiles miraba sus desvelos.
Erase un pedernal que sin consuelos
lanzaba por su amor triste gemido;
érase un tigre, en fin, cuyo rugido
su pasión ensalzaba hasta los cielos.
Y allí do al ruiseñor y al amaranto
consolaban las aves y las flores;
donde fieras y piedras con su llanto
endulzaban del tigre los dolores,
érase una mujer de orgullo tanto
que negaba el poder de los amores.

FELICITACIÓN

Permite, amigo, que en tan bello día
te dé mi parabién con torpe acento,
y déjame expresar todo el contento
que inunda en este instante el alma mía;
pues si verte feliz es mi alegría
y causa mi dolor tu sufrimiento;
si tus venturas cual las propias siento,
y cual mi daño el tuyo sentiría,
justo es que tu amistad acrisolada
y para mí preciosa cual ninguna,
pague con la ternura que encerrada
guarda mi corazón desde la cuna;
donde de mil recuerdos rodeada,
no ha de sufrir jamás mudanza alguna.

EL GRITO DE LA PASIÓN

Vivir así, Señor, es un tormento;
es ir agonizando poco á poco;
es pasar por imbécil ó por loco;
es matar á traición el pensamiento;
es en siglos tornar cada momento;
es renunciar al bien cuando le toco;
es luchar con fantasmas que yo evoco;
es el verdugo ser de su talento.
¡Yo quiero libertad! ¡Placer sin tasa!
¡Dicha completa! ¡Gozo sin medida!
Tras de la juventud, que breve pasa,
la caduca vejez descolorida
apagará este fuego que me abrasa:
y antes quiero saber lo que es la vida.

Á UNA DESCONOCIDA

Hoy tu retrato ví por vez primera;
no sé quién eres, y tu nombre ignoro;
mas tus ojos revelan un tesoro,
y tu rosada tez es hechicera.
Hermosa cual florida primavera,
son los sueños que inspiras sueños de oro;
feliz el hombre á quien dirás:—"Te adoro."—
Porque, siendo tan bella, eres sincera.
Tal vez mientras tu propio pensamiento
se lanza ansioso fuera de tu estancia,
piadoso á tus oídos lleva el viento,
á través del espacio y la distancia,
el suspiro de amor y de tormento
que un desterrado exhala desde Francia.

EL RECUERDO

Sólo con mi dolor y mi amargura;
sólo con un eterno pensamiento,
mi locura produce mi tormento
y mi tormento causa mi locura.
Entre las sombras de la noche oscura
cual un cobarde gimo y me lamento,
dando suspiros que se lleva el viento;
vertiendo llanto que mi mal no cura.
¡Si lograse olvidar! ¡Si del abismo,
rescatara la dicha ya perdida!
Otros ingratos son. ¿Por qué yo mismo
me obstino en amargar mi propia vida?
Porque el alma rechaza el egoísmo.
Cuando se quiere bien, nunca se olvida.

TU RETRATO

Eres un mozo franco y campechano;
intrépido, valiente, decidido;
para tus cortos años, instruído;
modelo de hijos; cariñoso hermano.
Tienes el corazón siempre en la mano;
te gusta ser mimado, consentido;
mas dócil al deber prestas oído
y nunca á tu razón se apela en vano.
Dicen que empiezas á tener talento;
que prefieres lo cierto á las quimeras;
que dirás la verdad con noble acento;
que pisarás mañana altas esferas;
pero, si he de decirte lo que siento,
lo que yo quiero más, es... que me quieras.

AL CISNE DEL LAGO

Desde que el mundo es mundo, los poetas
han cantando tu nítida blancura.
Y fué tu pluma, cual la nieve pura,
adorno de magnates y coquetas.
Las que á la vanidad viven sujetas,
remedan de tu cuello la hermosura;
y tu canto postrer, por su dulzura,
pregonan de la fama las trompetas.
Mas no envidio tu gloria, tus cantores,
tu majestad de rey de las Españas;
envidio sí tus dulces ruiseñores;
el manso arrullo de tus verdes cañas;
la tibia brisa; las pintadas flores,
y el agua transparente en que te bañas.



FÁBULAS

EL MONARCA Y EL LEPROSO

Con mortales angustias y dolores
vendaba sus heridas un leproso,
mientras un Rey, que fué de los mejores,
buscaba los peligros animoso.
Y la fama, que todo lo pregona,
cuenta que el gran Monarca castellano
se aproximó al mendigo, y en persona,
vendó la llaga con su regia mano.
Algo apartado, desdeñoso y serio
contemplaba su acción cierto valido.
Acercóse por fin, y, con misterio,
—¡Señor! ¡Que sois el Rey!—dijo á su oído.
Y contestó el Monarca:—De la suerte
debemos todos remediar los males;
pues delante de Dios y de la muerte,
el leproso y el Rey somos iguales.

Si en posición te ves muy elevada,
procura ser humilde con empeño.
¡Para quien hizo el mundo de la nada,
iguales han de ser grande y pequeño!

LAS DOS ROSAS

Dos rosas: una blanca, otra encarnada,
ponderaban un día sus colores;
hasta que una, por fin, más enojada,
quiso llevar el pleito ante las flores.
A la azucena pura y candorosa
nombró la rosa blanca su abogado,
mientras plenos poderes la otra rosa
para ganar su causa dió al granado.
Uno y otra empezaron su porfía
sin poder opinar del mismo modo.
Todo rojo el granado lo quería;
la azucena, al contrario, blanco todo.
Viendo tan grave apuro, un cardo dijo,
la espinosa cuestión cortando al punto:
—No podéis decidir, porque colijo
que ambos sois juez y parte en el asunto.
Yo puedo resolver en casos tales
con imparcialidad, celo y conciencia.

Aceptaron su arbitrio las rivales,
y dictó el mediador esta sentencia:
—"Concluyan ya desde hoy vuestros enojos;
las dos tenéis razón—dijo con calma.—
Si á la encarnada se la dan los ojos,
á la blanca, á su vez, se la da el alma.
No hay aquí vencedores ni vencidos;
y sentencio, del pleito en conclusión,
que si lo bello halaga los sentidos,
la inocencia seduce el corazón."

EL GAS Y EL ACEITE

Dijo al aceite el gas:—Yo no comprendo
cómo puedes arder donde yo brillo;
pues causa risa, cuando yo me enciendo,
tu resplandor opaco y amarillo.
Y contestó el aceite:—Camarada,
aun cuando, en ciertos casos, mucho valgo,
ante tu claridad no valgo nada;
mas lo confieso humilde, y ya esto es algo.
Que hallarás, como tú, gente brillante
pretendiendo eclipsar la luz del día;
pero no encontrarás á cada instante
verdadera humildad como la mía.

LA PLANA Y EL BORRÓN

Aún recuerdo con cariño
que, en mi escuela, una mañana,
allá cuando yo era niño,
iba á empezar una plana
más blanca que el mismo armiño.
Era el rigor del verano,
que de ello me acuerdo mucho,
y, por capricho inhumano
cazaba moscas, ufano
de llenar un cucurucho.
Con entusiasmo creciente
estaba absorto en mi juego,
cuando, por ser torpe ó ciego,
al volverme de repente
cayó un borrón en el pliego.
Llenos de llanto los ojos
le quise al punto quitar,
y quedé, tras mil enojos,

con los párpados ya rojos
y el borrón en su lugar.
Mas supe en esta ocasión,
apesar de mi inocencia,
que mancha una mala acción
con indeleble borrón
la plana de la conciencia.

LA NIEVE Y EL CARBÓN

La nieve al carbón se halló
y díjole con desdén:
—¿Quién te ha permitido, quién,
venir donde reino yo?
Es indigna tu torpeza;
mas, por mi parte, me alegro;
porque así, junto á lo negro
brilla mejor mi pureza.
Mas, al verte al lado mío,
¿quién te dará la razón?
y contestóla el carbón:
—Todo aquél que tenga frío.
Confieso mi fealdad
y proclamo tu blancura;
pero más que la hermosura
se aprecia la utilidad.

EL LAGARTO, EL SAPO Y LA LAGARTIJA

Un lagarto ya viejo
vino á pedir consejo
á cierto amigo sapo,
para que, con certeza
y hablando con franqueza,
dijese si era guapo.
El tal, discretamente
cual todo pretendiente,
de diversas maneras
le dijo que era hermoso,
con cuerpo muy airoso
y patas hechiceras.
Pero una lagartija
que desde su rendija
escuchaba el discurso,
sacando la cabeza
hallóse con presteza
en medio del concurso.

Miró al lagarto, y dijo:
—Amigo, yo colijo
que no tienes espejo:
mas, de hoy en adelante,
podrás ver tu semblante
en ese que te dejo.—
Y el diestro animalillo
soltando un espejillo
volvióse á su morada;
dejándolos corridos,
confusos y aturdidos
sin contestarla nada.
Mas, pasado un instante,
—Sigue, amigo, adelante—
dijo el lagarto listo,—
y rompe presuroso
ese espejo engañoso
en el que nada he visto.
Hay gentes en el mundo
que con dolor profundo
se ven llegar á viejos,
creyendo los engaños,
quitándose los años
y odiando los espejos.

LOS DOS GRAJOS

Entre las ramas de frondosa higuera,
gozosos al hallarse sin testigos,
se encontraron dos grajos muy amigos
que hablaban entre sí de esta manera
mientras ambos á dos picaban higos:
—De tanto dulce y sazonado fruto—
dijo uno de ellos—como Dios nos brinda
y podemos picar en un minuto,
¿á cuál rindes primero tu tributo?
¿A la fresca cereza, ó á la guinda?
¿Encuentras más amena ocupación
dedicarte á las uvas las primeras;
ó, como yo, cuando hallas ocasión
abandonas tal vez las ricas peras
para escoger un buen melocotón?—
Y el otro respondióle:—Compañero
agradezco el convite como es justo;
pero, si he de ser franco por entero,

aunque el fruto en sazón tiene buen gusto,
es el fruto vedado el que prefiero.—
¡A cuántos en el mundo he conocido
que sufriendo peligros y trabajos,
en cualquier ocasión han preferido
más que fruto en sazón, como los grajos,
el fruto que encontraron prohibido!

EL PELÓN

Cierto estudiante
que nada aprende,
porque no entiende
ni una lección,
por un capricho
sin duda alguna
de la fortuna
nació pelón.
Y le siguieron
los camaradas
con sus miradas
de admiración:
creyendo, necios,
que perdió el pelo
por ser modelo
de discreción.
Se ven Ministros
que, cual el calvo,

sacan á salvo
su decisión,
cuando la ciencia
que los escuda
es tan aguda
como el colchón.

LAS DOS ESTATUAS

Colocadas frente á frente
dos estatuas se encontraban,
y su aspecto contemplaban
que hizo Dios tan desigual:
era de yeso la una;
y, aunque nueva y primorosa,
tuvo celos de la hermosa
hecha de duro metal.

Ocultando sus rencores
dijo con aire altanero:
— "¡Qué infeliz te considero!
Me causas gran compasión
al ver tu mísero estado
y calcular la distancia
que separa mi elegancia
de tu tosca construcción."—

Y respondió la de bronce:
—"Como tienes poco seso

pecan por falta de peso
tus argumentos extraños.
Ayer, amiga, naciste:
has vivido cortas horas;
linda te ves, y aun ignoras
las injurias de los años.
Mas verás lucir el día,
y esto mi estado te advierte,
en que, llorando tu suerte
me llegarás á envidiar;
y yo que desde hace siglos
mi asiento tengo en el mundo,
veré con desdén profundo
tu frente al suelo humillar.
Y cuando en polvo tan solo
convierta el tiempo tu encanto,
impasible yo entretanto
seguiré en mi pedestal.
Compréndelo aunque te pese,
y dejando tu arrogancia,
no olvides más la distancia
que va del yeso al metal.“—
Tampoco olvides tú nunca
la historia que yo te cuento.
Recuérdala en el momento,
que llegará, no lo dudes,

en que la triste experiencia
te convenza con exceso
de que es la hermosura yeso
y bronce son las virtudes.

EL EGOISTA Y LA PALOMA

Sobre la hierba sentado
un muchacho merendaba,
y entre bocado y bocado
á todas partes miraba,
Temeroso de que alguno
al regresar á la hacienda
acercárase importuno
á pedirle la merienda.
En esto, llegó su hermano
muerto de hambre, y, con afán,
rogólo le diese, en vano,
un pedazo de su pan.
Opúsose duramente
el otro á su justo anhelo;
y al rechazarle impaciente
cayósele el pan al suelo.
Quiso recogerle el chico;
mas, rápida una paloma,

con la merienda en el pico
su vuelo hacia el nido toma.
Quedóse el niño llorando
y el hermanillo también;
mientras el padre, llegando,
díjole así por su bien:
—He visto lo que te aflige;
y pues lloras sin razón,
la vista al nido dirige
y no olvides la lección.
Corríjase tu ansia loca
al mirar las precauciones
con que la madre el pan toca
para darlo á sus pichones.
Ella, según advertí,
ni aun una miga comió.
Tú lo quieres para ti,
para tu familia no.
En tanto que el ave bella
los dos extremos concilia;
la buena acción para ella,
el pan para su familia.
Y pues lo viste tú mismo,
su ejemplo en silencio toma:
abomina el egoísmo
y aprende de la paloma.

EL CAMINANTE Y LA GRUTA

En una oscura gruta, húmeda y fría,
lamentaba su suerte un peregrino,
al verse solo sin sostén ni guía,
tropezando en las piedras del camino.
Al fin pudo encender una bujía
que iluminó la cueva en el instante;
desde entonces seguir pudo adelante
sin que volviese á tropezar en nada,
y á favor de su luz clara y brillante
terminó felizmente la jornada.
Medita la lección, y nunca olvida
que en el mundo también es menester
iluminar la senda de la vida
con la brillante antorcha del saber

LA CERA

Jugando dos colegiales
con un pedazo de cera,
sin que el maestro lo viera
partiéronle en dos iguales.
El uno, tras mil enredos,
con tinta la cera untó,
y al punto se ennegreció
ensuciándole los dedos.
El otro su cera toma
y á fuerza de trabajar,
logra por fin modelar
una preciosa paloma.
Advirtiólo el profesor,
y moviendo la cabeza,
suspiró no sin tristeza,
ocultando su temor,
Diciendo después con calma:
—En esa cera elocuente,

se descubren claramente
las cualidades del alma.
 Antes que nuestra razón
el instinto se revela,
y en la niñez se modela
la cera del corazón.

EL PERRO Y LA PULGA

—Triste suerte la mía—
clamaba melancólico un alano.—
Yo me fatigo en vano
buscando á mi enemiga noche y día,
sin que jamás la encuentre
ni tenga el gran placer de hincarle el diente.
Y ella á mí me sofoca;
con su agijón me pica y me maltrata;
tan pronto está en la boca,
como la siento andar sobre una pata,
ó sobre la cabeza,
sin que nunca la vea mi torpeza.
Si en vez de pulga fuera
una loba ó un toro, sin cuidado
mirara yo la fiera,
y quedara su crimen castigado.
Mas ¿cómo hallar castigo,
si ni aun logro encontrar á mi enemigo?

En tanto, haciendo alarde,
la pícara me insulta y atropella;
pues sabe la cobarde
que soy tan grande como chica es ella.
Porque si el ruin nuestra paciencia apura,
es que la impunidad tiene segura.

EL GATO Y LA CHISPA

Calentaba sus patas á la lumbre
un gato cierto día,
y siguiendo de todos la costumbre,
la cola se lamía.
En esto, ¡suerte impía!
cual aviso del cielo,
salta una chispa y le chamusca el pelo.
Huyó dando un maullido;
mas después de gemir con desconsuelo,
al fogón se volvió sin hacer ruido.
Ve que trabajas en tu propio daño,
si olvidas, como el gato, un desengaño.

EL MANZANO

En cierto jardín frondoso,
un joven, con gran cariño,
regaba un manzano hermoso
que plantó siendo muy niño.
Y el arbolito lozano
pagábale su tributo,
dándole sombra en verano
á más de su dulce fruto.
El joven llegó á variar,
y sus amores tal vez
le privaron de regar
el árbol de su niñez.
El pobre, desconsolado,
por largo tiempo esperó;
mas falto de agua y cuidado,
para siempre se secó.
Pasaron meses y meses,
llegó el otoño, y al fin,

el joven, cual otras veces,
quiso bajar al jardín.
Ansiando una distracción
buscaba el árbol en vano,
hasta que tuvo ocasión
de hallarse junto al manzano.
Y entonces, no sin tristeza
al ver su temprana muerte,
inclinando la cabeza
se lamentó de su suerte.
Y volvió solo y sin calma
á encerrarse en su aposento,
llevando en medio del alma
clavado un remordimiento.
"¿Qué me costaba, decía,
la existencia conservarle?
Algo de agua cada día
y el cuidado de regarle.
Él en cambio me entregaba
sus frutos, y bellas flores;
y mis desvelos pagaba
con perfumes seductores.
Mas le olvidé, y poco á poco
se fué secando entretanto.
He sido insconstante y loco;"
y el joven prorrumpió en llanto.

Si quieres, franco y sincero,
lograr en la ancianidad
un afecto verdadero,
riega siempre con esmero
el árbol de la amistad.

EL PERRO Y EL LADRÓN

Ladraba á su sombra un perro;
y el amo que lo observó,
le hizo sacar de su encierro
y en el corral le dejó.
Teniendo por cosa clara
sin dudarlo un solo instante
que bien su casa guardara
quien era tan vigilante.
Durmióse sin miedo alguno
y acechando la ocasión,
sin obstáculo importuno
pudo robarle un ladrón.
Y al can que á una sombra vana
ladraba con tal denuedo,
hallaron por la mañana
muerto en el corral... de miedo.

Quien de valor hace alarde
temor no impone jamás:
pues suele ser más cobarde
el hombre que grita más.

LA MARMOTA

Bailaba una marmota
al son de un instrumento;
mientras miraba el baile
un perro callejero;
que para darse tono
rompiendo su silencio,
la dijo:—Amiga mía,
danzas de un modo feo.—
Y respondió al instante
el listo animalejo:
—Tienes razón de sobra,
mal bailo, no lo niego:
mas apesar de todo
dichosa me contemplo;
pues aunque torpemente,
al fin gano el sustento:

mientras quien no trabaja
pudiendo hallar empleo,
por su holgazanería
me causa á mí desprecio.

EL CABALLO Y EL POLLINO

Un caballo apostó con un pollino,
queriéndose burlar seguramente,
á ver cuál de los dos desde el camino
llegaba á la ciudad más velozmente.
Hecha la apuesta, el asno presuroso
emprendió su jornada á paso lento;
en tanto que arrogante y orgulloso
el caballo reía del jumento.
—¡Infeliz!—exclamaba;—si quisiera,
¡cuán pronto humillara tu jactancia!
En cuanto empiece mi veloz carrera
salvaré en dos minutos la distancia.—
Y con esta certeza satisfecho,
de su fuerza y poder envanecido,
se tendió á descansar en un barbecho
donde con el calor, quedó dormido.
Despertóse por fin, y apresurado
subió á galope la empinada cuesta.

Mas en el pueblo el asno descansado
vino á pedir el precio de la apuesta.
—¿Tú aquí?—dijo el caballo.—¿Conque es cierto
que primero llegaste? ¿Cómo ha sido?
—Andando—dijo el asno—muy despierto
mientras allá en el prado te has dormido.
Y en ello hiciste mal, según discurro,
pues que, si he de decirte la verdad,
aunque te ofenda la lección de un burro,
hace más que el poder la voluntad.

EL BUITRE Y LA CIGÜEÑA

Al pie de su torre
halló la cigüeña
un pobre polluelo
que gime y se queja.
Recógele al punto,
al nido le lleva,
le adopta por hijo,
cual tal le sustenta,
y de su ternura
le ofrece mil pruebas.
Vióle, sin embargo,
crecer con sorpresa:
vió su pico corvo,
sus uñas inmensas,
sus ojos saltones
su chata cabeza.

Mas ella, con todo,
cual siempre harto buena
sin recelo alguno
del nido se ausenta,
y con sus polluelos
incauta le deja.
El pájaro entonces
de pronto recuerda
que ha nacido buitre
por su mala estrella;
y sin acordarse
de tantas finezas,
los hijos devora
con rabia sangrienta,
y huyendo del nido
por siempre se aleja.
Acude la madre,
mas ¡ay! tarde llega:
y al ver tal desdicha
exclama con pena:
—La vida me debe;
la muerte me deja:
de tantos desvelos
atroz recompensa.
Mas si era un ingrato
obró cual quien era;

pues entre los vicios
que manchan la tierra,
es la ingratitud
oprobio y vergüenza.

LA AZUCENA Y LA VIOLETA

A orillas de un arroyo
límpido y claro,
una azucena erguía
su esbelto tallo,
y una violeta
se ocultaba en el césped
con más modestia.
La azucena, orgullosa
de sus encantos,
se miraba en las aguas,
creyendo acaso
que en parte alguna
otra flor compitiera
con su hermosura.
—Bien hizo Dios, decía,
cuando me puso
al margen de este arroyo
tan fresco y puro,

que en sus cristales,
mi elegancia refleja
para adularme.—
Mientras así decía
crece el arroyo,
y á la pobre azucena
troncha furioso.
Mustia y ajada,
sin piedad la destrozan
sus turbias aguas.
Entonces la violeta,
que más que nunca
entre los verdes musgos
se disimula,
dijo con pena:
—¡Triste fin ha tenido
tanta belleza!
Por eso yo tranquila
vivo ignorada;
nadie mi tallo mece,
nadie me halaga;
pero á lo menos,
nadie causa tampoco
mi desconsuelo.
Y juzgo mi modestia
de más valía,

que la vana hermosura,
pues, mientras brilla,
jamás comprende,
que quien suele adularla
perderla suele.

EL ELEFANTE Y EL CARACOL

Díjole un caracol á un elefante:
—Al ver tu catadura,
perdona, compañero, que me espante:
mas hallo tu figura
grotesca y desairada;
en cuanto á mí, quisiera con empeño
que echando á mi esbeltez una ojeada,
me digas si mi aspecto es halagüeño.—
Y el elefante dijo en voz pausada:
—Eres, amigo mío, tan pequeño,
que te quiero mirar y no veo nada.—
¡El laurel de la ciencia, con abrojos
siempre la envidia ruin mezclar procura:
y al quererla aplastar, desde su altura
el sabio nada encuentra ante los ojos!

EL NIÑO Y LAS NUBES

—Mira, papá, cuán hermosas
son esas nubes de grana,—
decía un cándido niño
al padre que le escuchaba.
—Pero, ¿por qué están tan lejos?
Si hubiese menos distancia,
yo para verlas subiera
y luego te lo contara;
y aun te trajera un pedazo
de aquella toda de plata:
que á ratos con ellas sueño
y sueños son que me encantan.
—No sueñes—responde el padre;—
no sueñes, hijo del alma.
¡Quien de apariencias se fía,
con apariencias se engaña!
Las nubes que te figuras
llenas de riquezas tantas,

son en verdad solamente
vapores que el viento arrastra,
y si algo á tu vista esconden,
no son tesoros, es agua.
  En ellas no busques, pues,
fortunas imaginarias;
que son las nubes ligeras,
y suele el aire llevarlas
cual lleva las ambiciones
que pecan de exageradas.—
  Calló el anciano, y el niño
volvió pensativo á casa.
Desde entonces en las nubes
cuando fija la mirada,
de la lección de su padre
despierto el recuerdo guarda;
pues sabe que es peligroso
soñar con cosas tan altas,
y necio afanarse tanto
para verlas realizadas,
si luego, como las nubes,
se tornan aire al tocarlas.

EL NIDO

En una hermosa mañana
varios chicos reunidos
andaban buscando nidos
en la alameda cercana.
Uno por fin descubrieron
en lo más alto de un olmo,
y al ver de su sueño el colmo,
gozosos se detuvieron.
—¿Quién sube?—dijo el más alto.
—Yo, yo—gritaron mil voces:
y cinco chicos veloces
se lanzazon al asalto.
Apesar de su destreza
rasgáronse el pantalón;
hubo quien se hizo un chichón
y quien se abrió la cabeza.
Al cabo, la sed de gloria
á cierto rapaz inflama;

hasta el nido se encarama
y logra cantar victoria.
Mas de pronto, con desvío,
ya satisfecho el anhelo,
su conquista arroja al suelo...
¡El nido estaba vacío!
¡Cuántas veces sucedió
que el destino nos mostró
la dicha que ambicionamos;
vamos tras ella y llegamos...
cuando el pájaro voló!

LA ADELFA Y LA FLOR DE MALVA

Hallando á la flor de malva,
la dijo un día la adelfa:
—¿No envidias tú, florecilla,
mi color y mi belleza?—
Y contestóle la otra:
—No, amiga, porque, en conciencia,
más que tú con tu hermosura,
valgo yo con mi modestia.
En mis hojas halla el hombre
un alivio á sus dolencias,
y en las tuyas, con ser lindas,
tan sólo ponzoña encuentra.
Pero con nosotras pasa
lo que en los libros se observa:
si son morales, aburren;
si venenosos, deleitan.

EL CONEJO Y LA CULEBRA

Mirando su belleza
entre las puras ondas de una fuente
que, oculta en la maleza,
corría dulcemente,
un conejillo joven admiraba
sus encantos que el agua reflejaba.
Mientras lleno de orgullo se requiebra,
asoma la cabeza una culebra.
Viendo al fatuo tan bien entretenido,
arrástrase sin ruido;
y antes de que el conejo descuidado
pueda evitar su suerte,
entre sus mil anillos enlazado,
recibe al fin la muerte.
La moral de esta fábula la dejo
para el que pierda el tiempo ante el espejo.

LOS DOS MUCHACHOS Y EL POZO

Dos muchachos, en vez de ir á la escuela,
decidieron jugar á la rayuela;
y por miedo de hallar algún vecino,
se alejaron del pueblo y del camino,
hasta llegar á un sitio despoblado
en que les aguardaba un verde prado.
Andando aquí y allá vieron un pozo,
lo que á entrambos á dos llenó de gozo.
—Aguárdate y verás—dijo el más alto—
como de un sólo brinco yo le salto.—
Y mientras le contempla el otro mozo,
toma carrera, salta, y pasa el pozo.
—¡Gran cosa hiciste!—dice el compañero.—
Te apuesto que yo salto más ligero.
Cuando lo has hecho tú sin gran apuro,
yo lo haré fácilmente, de seguro.—
No bien lo dijo, prueba su destreza,
zampándose en el pozo de cabeza.

No olvides este ejemplo, buen amigo,
y mira que soy yo quien te lo digo;
pues aunque iguales todos parecemos,
hacer todos lo mismo no podemos;
porque lo que uno ejecutó con suerte,
puede á su imitador causar la muerte.

LAS ESPIGAS

Trillando una mañana en el estío,
exclamaba rendido un labrador:
—¡Qué oficio tan penoso es este mío!
En el mundo no existe otro peor.—
Y los cansados bueyes que lo oyeron,
con mucha prontitud le respondieron:
—¿Cómo te quejas, di, cuando trillamos
el grano que te libra de amarguras?
Nosotros que sin lucro lo pisamos,
debemos sólo hablar de desventuras.
Y el trillo enfurecido, dijo:—Adviertan
que lo estoy escuchando, y no lo aciertan.
¿De qué se quejan, si algo de ese trigo
este invierno tendrán por alimento?
El infeliz soy yo que me fatigo
corriendo siempre hasta perder aliento.
Y en esto le gritaron las espigas:
—¡Instrumento feroz; que tú tal digas!

Y entonces, ¿qué pensáis de nuestra suerte
sufrida entre tormentos horrorosos,
tan sólo porque halláis con nuestra muerte
la manera de ser todos dichosos?
  Nuestro ejemplo seguid: no nos quejamos;
sufrimos resignadas, y callamos.—
  ¡Con frecuencia también hay en el mundo
quien aprende quizás desde la cuna
á derramar doquier llanto infecundo
y á maldecir sin tregua su fortuna,
sin sospechar que Dios puso á su lado
algún otro, tal vez más desdichado!

LA GALLINA

En el corral había una gallina
con la pluma pintada, blanca y roja,
que llamaban allí la Petimetra
al verla tan compuesta y tan airosa.
Esta tal, engreída de sí misma,
se llegó á figurar más que las otras;
y dejó de pensar en sus polluelos
para ocuparse sólo en su persona.
Advirtiólo el sultán de aquel serrallo,
y con mucha razón dijo á su esposa:
—Si piensas que tu brillo me alucina,
te diré por tu bien que te equivocas;
porque me agradan más las buenas madres
que las que sin pudor y vanidosas,
olvidan que aun los necios que las siguen
no las quisieran ver en casa propia.—
El gallo habló muy bien. Mas, por desgracia,
¡le imitamos tan poco las personas!...

EL CUERDO Y EL LOCO

No recuerdo si en Francia ó en España,
pero eso importa poco,
por una circunstancia muy extraña
dió su amistad un cuerdo á un pobre loco.
Este lo agradeció sobre manera;
y queriendo ser justo,
en muchos años no le dió siquiera
el más leve motivo de disgusto.
El cuerdo por su parte ni un momento
le trató con dulzura;
pensando que los hombres de talento
no cometen jamás una locura.
Limitóse á decirse que en conciencia
si el loco no lo fuera,
hubiese averiguado con prudencia
que su oculta amistad era sincera.
Siguióle, pues, hablando con enfado,
como de mala gana:

y el pobre loco al verse así tratado
se murió de tristeza una mañana.
  Lloró su muerte el cuerdo arrepentido;
y á fin de castigarse
grabó este verso en mármol esculpido:
—La amistad que se siente ha de probarse.

EL NIÑO Y EL PERRO

Jugaban á la falda de alto cerro
un mastín y un rapaz barbilampiño.
Colérico el rapaz mordió á su perro,
y el mastín en castigo lamió al niño.
Porque en el mundo á veces, no te asombres,
los perros dan lecciones á los hombres.

LOS DOS LIBROS

En una librería
que todos celebraban
dos libros ocupaban
la misma estantería.
El uno encuadernado
con cantos de oro fino;
el otro en pergamino
antiguo y arrugado.
Mostrándose altanero
de su manto de grana,
el lindo una mañana
le dijo así al librero:
—¿Cómo es que un solo día,
gracias á tu pereza,
eclipsa mi belleza
tan mala compañía?
¿Quién quieres que mi brillo
ni mis primores note,

al ver ese librote
tan viejo y amarillo?
Si no eres un menguado,
acércate al instante;
sácame del estante
y ponme en otro lado.—
Oyendo tales voces
el dueño, al fin, acude.
—Pretendes que te mude—
le dice,—y no conoces
que el libro á quien humillas
y te oye silencioso,
es mucho más precioso
que tú que tanto chillas.
Sólo los ignorantes,
y necios por completo,
contemplan sin respeto
las *obras de Cervantes*.
Tu frente al suelo inclina
y tu título esconde,
métete no sé dónde,
Tratado de cocina.
¿Qué vale tu hermosura
al lado de su ciencia?
Si él sufre tu presencia,
enmiéndate, y procura

aprender de ese modo
que aprecia quien acierta
en nada la cubierta;
las páginas en todo.

EL LEÓN Y LA ZORRA

Dormitaba el león allá en su cueva
cuando la zorra entró muy apurada,
diciendo entre confusa y enojada:
—Perdonadme, señor, el que me atreva
á penetrar en vuestra real morada.
Pero el insulto fué tan espantoso,
que sólo de pensarlo me estremezco.
Soy humilde, señor; pero merezco
que me volváis la calma y el reposo,
al darme la venganza que apetezco.
—Habla—dijo el león;—y de seguro
puesto que te hallas sola en mi presencia
te escucharé benigno y con clemencia.
Cuéntame la verdad; y yo te juro
ser un juez imparcial en mi sentencia.

—Señor—dijo la zorra.—Yo me inclino
ante vuestro poder con alegría.
Sabed, pues, que pasando el otro día
al lado de un infame y vil cochino,
tocó su hocico con la boca mía.
Y siendo yo, señor, como se advierte,
una zorra modesta y recatada
á la que ruboriza una mirada,
vengo á quejarme de mi triste suerte,
pues no quiero vivir sino vengada.
—Muy bien—dijo el monarca—has discurrido;
pero díme: si solo por un beso
vienes á armar aquí tan gran proceso,
¿cómo es que ni un momento te ha ocurrido
que puede haber insultos de más peso?
Si quieres castigar al vil marrano
que te apreció sin duda en lo que vales,
y das por tal ofensa gritos tales,
¿qué castigo he de dar á quien en vano
piden misericordia en los corrales?
Quítate de mi vista con presteza;
hipócrita, embustera y descarada;
antes de que la sangre derramada
al destrozar tu mísera cabeza
deje mi garra real ensangrentada.—
Aun hablaba el monarca justiciero,

cuando la zorra con ligero paso
corría á sepultarse en su agujero.
De viles delaciones nos hagas caso,
que siempre el delator es embustero.

EL NIÑO Y EL JILGUERO

A un lindo jilguerillo que tenía,
con crueldad un muchacho atormentaba,
y cuanto más el pájaro piaba
más el pícaro chico se reía.
Quiso su mala suerte cierto día
que su padre le viese. De repente
acude donde estaba el imprudente;
y apesar de sus gritos y sus quejas,
le aplica una lección muy elocuente
dándole un buen tirón de las orejas.
Cambió el muchacho desde aquel momento;
por eso cuando veo un asesino
me acuerdo del tirón, y me lamento
de que Dios no haya puesto en su camino
un padre como el padre de mi cuento.

LA ZORRA Y EL PANAL

Hallábase una zorra
escuálida y hambrienta,
para salir de apuros
pensando alguna treta,
cuando se halló de pronto
con una gran colmena
que abandonada estaba
del monte en la ladera.
—¡Jesús y qué fortuna!—
exclama muy contenta.—
El Cielo me depara
opípara merienda.—
Y en el panal al punto
metiendo la cabeza,
untóse hasta los ojos
con la miel y la cera.
Mientras glotonamente
su hallazgo saborea,

á su morada tornan
zumbando las abejas.
La zorra al escucharlas
huye con ligereza;
mas escapar no puede
porque la miel la ciega.
Entonces el enjambre
la acosa, la rodea,
el aguijón la clava,
y, al fin, la deja muerta.
Lo mismo exactamente
sucede aquí en la tierra.
La miel de los deleites
nos cubre con su venda;
los desengaños vienen
seguidos de las penas;
y al fin su agudo dardo
nos clava la conciencia.

EL GRILLO Y LA HORMIGA

—¡Ay de mí!—dijo un grillo.—
Pienso que me ha salido un lobanillo.—
Y atisbando una hormiga,
exclama:—Buena amiga,
acude á mi socorro presurosa;
mira que mi salud es muy preciosa.—
Mientras gritaba en vano,
la hormiga se encontró de trigo un grano;
asióle con presteza,
y volviendo hacia el grillo la cabeza,
le contestó con calma:
—Yo siento, hijo del alma,
no poder remediar tu desventura;
pero se acerca ya la noche oscura;
y antes de hablar contigo
necesito encerrar mi rico trigo;
pues sé que al escuchar al majadero
es muy fácil perder tiempo y dinero.

EL CERVATILLO Y LA LOBA

Un pobre cervatillo
saltaba en la pradera
contento y satisfecho
al verse entre la hierba.
De pronto hambrienta loba,
que hace tiempo le acecha, .
salta sobre él, le muerde,
le arrastra hasta su cueva,
y en menos de un instante
á devorarle empieza.
Pero escuchando un ruido
suspende su tarea,
y un hueso en la garganta
clavado se le queda.
En vano haciendo esfuerzos
se aflige y desespera;
que cuanto más se mueve,
el hueso más penetra;

hasta que sofocada
y con angustia extrema,
sobre su misma víctima
la loba cayó muerta.
Aviso al poderoso
que mal su fuerza emplea,
y en su poder fiado
oprime la inocencia.

EL CABALLO Y SU JINETE

Sobre un potro andaluz, negro y brioso,
que de impaciencia lleno
ansiando galopar tascaba el freno,
cabalgaba un muchacho muy juicioso,
que con ágil donaire y apostura,
á su caballo contener procura,
y jamás un instante se descuida
ni deja de llevar la rienda asida.
De pronto, al admirar embelesado
las flores del camino,
la rienda afloja un tanto, ya cansado,
seguro de su esfuerzo y de su tino;
y creyendo que basta su prudencia
á volver al caballo á la obediencia
si por desdicha, con empeño loco,
quisiere acaso desmandarse un poco.
El animal observa con presteza
del joven el descuido,

y con nuevo vigor desconocido,
bajando velozmente la cabeza,
después de vacilar por un momento,
más ligero lanzándose que el viento,
dirige su carrera al punto mismo
hacia un horrendo y espantoso abismo.
Vuelto el jinete en sí, con fuerte mano
las riendas asegura
y á su caballo detener procura;
mas todos sus esfuerzos son en vano;
y el animal, que al cabo se desboca,
arroja al infeliz subre una roca,
donde acaba su mísera existencia,
deplorando ya tarde su imprudencia.
El que quiera tomar sabias lecciones,
de esta fábula aprenda
que para dominar nuestras pasiones
no se debe aflojar nunca la rienda.

EL BURRO DEL MOLINO

El dueño de un molino acreditado,
necesitando un asno, fué al mercado;
mas siendo tan avaro como rico,
quiso gastar muy poco en el borrico.
Al fin pudo encontrar uno ya viejo
medio pelado, casi sin pellejo;
pero de buena casta, dócil, manso,
más hecho á los trabajos que al descanso;
y después de pagarle, muy contento
volvió al pueblo montado en su jumento.
Dióle al principio pienso de cebada;
luego algo menos, y después ya nada.
Al mes lo alimentó con heno malo,
dándole para postre mucho palo.
Y últimamente, dijo:—Si trabaja
aunque no come, suprimir la paja;
que, pues lo aguanta, yo seré más rico
sirviéndome de balde del borrico.

Tenga paciencia el pobre si le zurro,
pues yo soy molinero y él es burro.—
  Hízolo así, en efecto, el muy ladino,
y á los dos días se murió el pollino.
  Recibir y no dar es agradable,
mas no siempre prudente ni durable.

EL CIEGO Y LOS MUCHACHOS

Un pobre ciego, anciano y sin apoyo,
al margen de un arroyo
se sentó á descansar con el perrillo
que le sirve de guía y lazarillo,
mientras unos muchachos se acercaban
y del ciego y el perro se burlaban.
Uno de ellos más pícaro ó más loco
se arrima poco á poco;
ayudado por otro compañero,
llega hasta el pobre, quítale el sombrero,
y cuando el desgraciado lo repara,
huyen todos con risa y algazara.
En tanto que al anciano le contrista
la falta de la vista,
el perrillo, tratando con empeño
de recobrar la prenda de su dueño,
corre tras el ladrón dando ladridos,
espanto de los chicos aturdidos.

Los alcanza por fin pegando un salto,
y al muchacho que ya con sobresalto,
intentando escapar, la prenda deja,
de un buen mordisco arráncale una oreja.
El mordido derrama amargo llanto;
y el ciego, al consolarle, dice en tanto:
—Tu pena lloras y lo encuentro justo;
me aflige tu disgusto,
y deploro tener esta ocasión
de darte, amigo mío, una lección;
pero debes saber cuán triste yerro
es tener que aprender de un pobre perro
que la vejez humilde é indefensa
halla en Dios vengador para su ofensa

LOS DOS POZOS

En dilatada y árida llanura
dos pozos se encontraban,
el uno lleno de agua fresca y pura
que todos codiciaban;
el otro turbio, encenagado todo;
donde, si el agua no, sobraba el lodo.
Éste, á su camarada le decía
gimiendo tristemente
en cierto claro y apacible día:
—¡Cuán descansadamente
con el agua que Dios puso en tu seno
has venido á cobrar plaza de bueno!
Yo valgo más que tú ó al menos tanto,
y te juro en conciencia
que agotadas mis fuerzas y mi llanto
llevo como una carga la existencia;
pues cuando mis desdichas considero,
en nada creo, ni mi alivio espero.

Escondiendo las aguas que me restan
abandonado vivo,
porque las gentes ya no me molestan
sabiendo que no soy caritativo.—
Y el otro contestóle dulcemente
al refrescar el abrasado ambiente:
—De tu suerte tan triste y desgraciada
el motivo se alcanza.
¡Cómo ha de ser feliz quien no cree nada,
quien no tiene esperanza,
y quien, con espantosa ceguedad,
confiesa que no tiene caridad!



PENSAMIENTOS

À SU ALTEZA REAL

LA INFANTA DOÑA MARÍA ISABEL

¡Os llamáis Isabel! Nombre, Señora,
ante el que dobla el arte la rodilla.
El Cielo os hizo Infanta de Castilla:
la Caridad, amparo del que llora:
del saber y el trabajo protectora,
doble diadema en vuestra frente brilla:
la de oro la debéis al nacimiento;
la de laurel os la ciñó el talento.

Á SU ALTEZA REAL

LA INFANTA DOÑA MARÍA DE LA PAZ

PRINCESA DE BAVIERA

De Iberia el ardiente sol
os dió, Princesa discreta,
en un alma de poeta
un corazón español.
Por eso pedís ufana
al Cielo nuevas victorias
para cantar nuestras glorias
en vuestros versos mañana.
Por eso al gozar serena
dichas que Dios os ha dado,
jamás habéis olvidado
la Virgen de la Almudena.
Y por eso no hay rapaz
de la coronada Villa
que no idolatre en Castilla
á la Infanta Doña Paz.

Á SU ALTEZA REAL

LA INFANTA DOÑA MARÍA EULALIA

Flor del hispano pensil;
del trono radiante estrella;
la del alma pura y bella;
la celebrada entre mil;
cuando el Ebro y el Genil,
el palacio y la cabaña,
triunfando de tierra extraña
han visto vuestros amores
nacer entre patrias flores,
os ha bendecido España.

LOS INSEPARABLES

Una paloma cándida y pura,
y un cuervo negro como la tinta,
Dios lanzó al mundo desde su altura
después de atarlos con una cinta.
Por eso apenas la dicha asoma
por entre el pico de la paloma,
para ahuyentarla, siempre protervo,
sus negras alas agita el cuervo.
Y es que una y otro llevan el lazo
con que juntarlos quiso el Señor
cuando en eterno y estrecho abrazo
unió la dicha con el dolor.

Á UNA NUBE

Nube que densa y sombría,
manchando el límpido cielo,
enlutas con negro velo
la pálida luz del día;
no acibares mi alegría
ní emponzoñes mi contento;
prosigue tu curso lento,
y deja brillar en calma
la dulce paz en el alma
y el Sol en el firmamento.

EL TORRENTE

Tronchando lozanas flores
al seguir su curso incierto,
de blanca espuma cubierto
el torrente se derrumba.
Imagen de los amores
que, tras fugaz ilusión,
las flores del corazón
arrastran hacia la tumba.

LA SOMBRA

¡Alma tan solo contenta,
en tus recuerdos sumida!
Si sabes ya que la vida
es nuestra muerte más lenta;
si ves que el recuerdo aumenta
las penas del corazón,
ten de ti más compasión:
porque la sombra que evocas
te deja cuando la tocas
la sombra de tu razón.

Á UNA ROSA

Rosa te llamas, y aunque tú lo dudes,
de tan fragante flor eres retrato;
que si el aroma de la rosa es grato,
es más dulce el olor de tus virtudes.
Y pues te hacen tus dotes peregrinas
modelo ser de amigas y de esposas,
yo te proclamo reina de las Rosas
porque tu corazón no tiene espinas.

EN EL ÁLBUM DE UN AMIGO

Un perro chico este papel valía,
gracias á su blancura inmaculada,
cuando tú me pediste una poesía;
y en tu opinión sin duda, y en la mía,
hoy con mi firma al pie no vale nada.

Á UNA VIOLETA

Á MI HERMANA CAROLINA

Símbolo de una afección
que crece con la distancia;
violeta de la pasión
solitaria y sin fragancia;
hoy vas á dejar la Francia
con lágrimas por rocío;
y allá donde yo te envío,
sobre tus hojas mañana
sus labios pondrá mi hermana
buscando este beso mío.

LO QUE ES AMOR

Es amor frase sonora
que hace llorar ó reír.
Á veces dura una hora:
á veces hasta morir.
Es algo que nos inspira
una ilusión corta ó larga.
Á veces dulce mentira:
á veces verdad amarga.
Es suave flor blanca y roja
que exhala un aroma extraño:
flor que lleva hoja por hoja
el viento del desengaño.

¿Á DÓNDE VAS?

Á dónde vas, barquilla pescadora,
con tu casco bañado en blanca espuma,
sobre las ondas de la mar traidora
visible apenas entre densa bruma?
Ligera vuelas como leve pluma,
y tus alas despliegas cual el ave.
¿Al puerto tornarás? Nadie lo sabe.
¡Tal vez serás feliz! ¡Tal vez el viento
con tus despojos jugará un momento!
¡Nuestra propia existencia es esa nave!

Á UN SABIO EN CIERNES

Matemático profundo
que tan bien sabes contar:
cuenta los vicios del mundo,
cuenta las olas del mar.
Mide lo que han de vivir
los peces del hondo río;
mas nunca intentes medir
un cariño como el mío.

SOBRE UNA LOSA

Fué mártir del deber. Vivió cautivo
sin llegar nunca de la dicha al puerto:
y jamás tuvo el mundo, compasivo,
sonrisas en los labios para el vivo,
lágrimas en los ojos para el muerto.

EL MANTO DE VENUS

Despierto debí soñar
que al salir Venus del mar
mostrando sus formas bellas,
la vinieron á prestar
regio manto las estrellas.
La diosa radiante y pura
irguió su esbelta cintura,
y dijo con altivez:
—La verdad y la hermosura
no temen la desnudez.

CONFESIÓN DE MI IGNORANCIA

Sin observar jamás regla prosód*ica;*
cual pocos ignorantes de poét*ica;*
sabiendo casi tanto de retór*ica*
como puedo saber de ciencia méd*ica;*
con una inteligencia ya tan mód*ica*
que confunde poesía y ortopéd*ica,*
ni mi pluma se presta á la analít*ica*
ni tiene pretensiones de ser crít*ica.*

Á UN MÉDICO DE LA REAL CÁMARA

Por tu saber, tu experiencia
y ese talento profundo
que te dió la Providencia,
eres un hombre de mundo
en el mundo de la ciencia.

DESVARÍO

Quisiera ser el águila que anida
en la nevada cumbre de la sierra.
Quisiera ser la aurora bendecida
que la luz y el calor vuelve á la tierra.
Quisiera ser el germen de la vida
con el misterio que en su seno encierra.
Quisiera ser, en fin, ese es mi sueño,
algo tan grande como soy pequeño.

Á MIS RECUERDOS

Recuerdos, que cual abejas
lanzando en tropel zumbidos,
murmuráis á mis oídos
suspiros, risas y quejas:
no traspaséis ¡ay! las rejas
de que os quisiera cercar:
pues el más hondo pesar
de cuantos vengo sufriendo,
es poder vivir muriendo
y no poder olvidar!

ÉL Y ELLA

El mar causa mi alegría;
la mar me embriaga de amores;
consuela el mar mis dolores;
la mar secretos me fía.
Contemplo el mar noche y día;
la mar quisiera cruzar;
con el mar suelo soñar;
la mar mitiga el tormento;
es el mar mi pensamiento,
y mi esperanza la mar.

LO QUE SON LAS LÁGRIMAS

De su concha en la prisión,
perlas las lágrimas son.
Cuando el dolor quiere verlas,
rompen entonces las perlas
la cárcel del corazón:
y regando los abrojos
con que turban los enojos
de nuestro pecho la calma,
brillan al fin en los ojos
cual ricas joyas del alma.

UNA QUEJA Y UN CONSUELO

Del hombre la vida
se pasa en gemir.
Si tanto lloramos,
no quiero existir.
Llorando sufrimos;
Dios premia el sufrir.
¡Aun queda otra vida
después de morir!

AMORES Y MARIPOSAS

Las blancas mariposas
semejan los amores;
nacidas entre rosas,
anidan entre flores.
Del perfumado ambiente
son reinas sin rival
....
y mueren de repente
al pie de su rosal.

AMOR Y CELOS

Plantaron Celos y Amores
un rosal con mil desvelos:
el Amor hizo las flores,
y las espinas los Celos.
Pero, desde que ambas cosas
llegaron á ser vecinas,
ninguno coge las rosas
sin punzarse en las espinas.


POESÍAS

Á SU MAJESTAD LA REINA

DOÑA ISABEL II

Señora:

¿Recordáis las mansas olas
que en el Havre venían á morir
á las plantas de Reinas españolas
ante el bello "Chateau de Mon désir?"

Yo jamás olvidé la Real morada
donde, tras horas de fugaz encanto,
los ojos de mi Reina idolatrada
por otra Reina derramaron llanto!

Siempre seré feliz con la memoria
del niño heroico que en extraño suelo
soñaba con la dicha y con la gloria
del pueblo por quien vela desde el Cielo.

Otros más dignos cantarán un día
aquella abnegación grande y fecunda
con que supo salvar la Monarquía
la regia mano de Isabel Segunda!

Otros, la caridad, virtud suprema
de tan gran corazón, dirán mañana,
añadiendo un florón á la diadema
que ciñe vuestra frente soberana.
Otros, por fin, en días no lejanos
de africana región traerán los ecos
que dejaron allí los castellanos
triunfantes del Imperio de Marruecos!
Yo no puedo intentar tan gran hazaña;
la inspiración me niega tal victoria;
retratar á Isabel, Reina de España,
sólo es dado á un pincel: ¡El de la historia!

Á SU ALTEZA REAL

LA SERMA. SEÑORA INFANTA DE ESPAÑA

DUQUESA DE MONTPENSIER

Si vuestros ojos de llorar cansados
se dignasen leer estos renglones,
contemplando dolientes y apenados
el duelo de los nobles corazones;
si el sufrimiento y la piedad mezclados
pudieran ver de España en las acciones,
comprendierais cuán hondo desconsuelo
sigue á la Infanta de la tierra al Cielo.

Y, sin embargo, la que el mundo llora,
tan dichosa, tan joven y tan bella;
la que siempre radiante y seductora
de vuestro alcázar real era la estrella,
es por cierto feliz. Vos sois, Señora,
quien lleva impresa la indeleble huella

10

que en todo pecho, aun animoso y fuerte,
dejan los duros golpes de la muerte.

Vos, la que con respeto el más profundo
he visto no hace mucho en tierra extraña,
ejemplo de firmeza dar al mundo
luchando del dolor contra la saña;
y al sufrir el tormento sin segundo
que de negro crespón cubrió la España,
hija y madre á la vez, en tal quebranto
entre dos tumbas compartir el llanto.

Sí: yo os ví desgraciada cual ninguna,
sumida en vuestro triste pensamiento,
despreciando el rigor de la fortuna
ofrecer al Señor vuestro tormento:
y olvidé la grandeza de la cuna
ante la majestad del sufrimiento
de quien llevaba en torno de su luto
la admiración del orbe por tributo.

Mas no pude pensar que nuevas penas
debieran pronto desgarrar el alma
de quien desconoció dichas serenas,
y vive inquieta sin gozar la calma:
de la mujer que buena entre las buenas
por su excelsa virtud merece palma:
de la que con afanes tan prolijos
tan tierna madre fué para sus hijos.

Sin duda Dios, que en la suprema altura
las lágrimas humanas atesora,
desde ese Cielo donde alada y pura
la dulce Infanta para siempre mora,
comprende vuestra horrible desventura,
y os reserva á su vez, Regia Señora,
tras los rudos combates, la victoria:
¡tras dolorosa vida, eterna gloria!

¡ELLA!

Retratarla es mi embeleso,
porque reina entre las bellas,
sus ojos son dos estrellas,
sus labios nido del beso.
Su mano tan sólo amor
atrevióse á modelar,
y su pie desdeña entrar
en el cáliz de una flor.
El oro de sus cabellos
el Sol con sus rayos dora,
y el céfiro se enamora
perfumándose con ellos.
Su casto seno, que en calma
transparenta encaje leve,
parece copo de nieve
tan blanco como su alma.
Las ninfas en la espesura,
de tanta beldad celosas,

vagan ceñidas de rosas
envidiando su cintura.
  El verde sauce del valle
que en el lago se reclina,
remeda cuando se inclina
lo flexible de su talle.
  El aura roba veloz
su murmullo al arroyuelo,
creyendo llevar al Cielo
ecos de su dulce voz.
  Su breve paso levanta
de los nardos las corolas;
y se detienen las olas
temiendo borrar su planta.
  Á veces la mansa brisa
pinta con grana y azul
de blanca nube en el tul
reflejos de su sonrisa.
  Á veces fulgores rojos
despide el Sol en ocaso,
huyendo afrentado acaso
de los rayos de sus ojos.
  Y, en fin, cuando aurora brilla
con tenue luz sonrosada,
al nacer en su mirada
se colora en su mejilla.

Así la ví: loco ó cuerdo,
quizás despierto soñando,
tal cual la va bosquejando
el pincel de mi recuerdo.
Después... con dolor profundo
mis ojos la vieron ir...
y... ni la supe seguir,
ni he vuelto á verla en el mundo.
Por eso trato, tal vez
dictando mi corazón,
¡de retratar *La Ilusión*
pintada por *La Vejez!!*

POR UNA MADRE

¡Señor! ¡Señor! que desde el alto Cielo
contemplas de esa madre la agonía:
¿Querrás eterno hacer su desconsuelo
robándola su bien y su alegría?
¿Querrás que en llanto de dolor bañada
al invocar en vano tu clemencia,
muda, pero elocuente, su mirada
te diga que aborrece la existencia?
¿Querrás que la infeliz llore perdida
su postrer esperanza entre sus brazos?
¡Señor! ¡Señor! ¡Un hijo es nuestra vida
que se rompe al morir en mil pedazos!
Ve que la madre, si por siempre cierra
los ojos de su hijo, en la memoria
más le mira muriendo aquí en la tierra
que gozando contigo allá en la Gloria.
¡Ángel puro será! Y ese momento
le libra de desgracias y pecado.

¡Mas, ay! La triste madre en su tormento
sólo ve que le arrancas de su lado.
¿Cómo quieres escuche resignada
el consuelo y la voz de la razón,
mientras el alma entera desgarrada
se sumerge en el mar de la aflicción!
¿Cómo poder decirla que hoy al puerto
llega de la ventura y de la calma,
si responde entre lágrimas:—¡Ha muerto!
¡Ya no te veré más! ¡¡Hijo del alma!!
Señor, Señor, que por clemente y pío
adoración recibes: yo de hinojos,
rebosando de pena el pecho mío
y lágrimas brotando de mis ojos,
Vengo á rogarte por la madre triste
á quien más de una vez de la amargura
ya la copa fatal á beber diste
al cubrirla de luto y desventura.
Vengo á pedirte ¡oh Dios! que en alegría
tornes su llanto, su dolor prolijo.
¡Ve que es madre, Señor! y por María,
¡pierde tú un ángel para darla un hijo!

LAS DESDICHAS DE UNA ESTRELLA

Era una noche serena y pura;
por mi ventura llena de amor.
Y allá en el cielo lanzaba bella
radiante estrella su resplandor.
Al verla reina del firmamento,
mi pensamiento la dirigí;
y ella, notándolo, lánguidamente
con voz doliente me dijo así:
—Mortal que envidias la triste vida
de esta afligida que viendo estás,
¡ay! si mi historia cuentas al mundo,
dolor profundo le causarás.
Hubo unos días ¡cuán cortos fueron!
que trascurrieron sin dar mi fe;
pero pasaron del mismo modo
que pasa todo, y al fin amé.
Puse los ojos en un lucero
porque sincero me pareció,

y él, con mentidas frases de amante,
serme constante siempre juró.

Por algún tiempo juntos brillamos
y nos amamos con dicha igual,
hasta que le hizo fijarse en ella
una centella de amor rival.

Mis compañeras se sonreían
cuando veían mi padecer,
porque en nosotras arde el despecho
cual en el pecho de la mujer.

Quedéme sola, triste y sin calma,
brotando el alma llanto y pesar;
mas un poeta cantóme amores,
y mis dolores logró calmar.

Llena de gozo mintió su lira
que no respira sino por mí,
y si perderme fuera su suerte
pronto la muerte diérase allí.

Mas cierta noche, viendo la Luna,
de su fortuna se lamentó:
de su destino que le arrastraba;
y aunque lloraba, me abandonó.

Al ver con pena cuán desleales
son los mortales para querer,
juré que nunca de las mejores
frases de amores he de creer.

Y, desde entonces, ni amar me es dado,
ni aun he logrado dar compasión;
todos me juzgan de dicha llena,
sin ver mi pena ni mi aflicción.
¡Mortal que envidias la suerte mía;
ve si tu guía quieres nombrar
á quien ha sido tan desdichada,
que, enamorada, no puede amar!—
Calló la estrella, y en breve instante
nube gigante me la ocultó.
Pero en mis sueños, triste y llorosa,
mas siempre hermosa, la miro yo.

EL CONDENADO Á MUERTE

¿Dónde va la muchedumbre
presurosa y agitada?
¿Dónde va, con la mirada
brillante de animación?
¡Va, por placer y costumbre,
á ver de un hombre la muerte,
sin que le inspire su suerte
ni lástima ni aflicción!

Corre, ansiosa de emociones,
tras ese drama sangriento
que amedrenta el pensamiento
y que se nombra ¡Morir!
Quiere observar las acciones,
las miradas, el semblante
del reo que vacilante
avanza hacia el porvenir.

Marcha chancera y curiosa
sin detenerse á pensar

que un hombre va á traspasar
el más allá del no ser;
y al contemplarle afanosa,
le mira como pudiera
ver un objeto cualquiera
que la causara placer.
Jamás pensó de la vida
en el problema ignorado
que el alma del condenado
descifra en la eternidad.
¡Una existencia perdida,
una tumba no cerrada,
para la plebe menguada
valen bien poco en verdad!
Por eso puede volver
con el rostro satisfecho;
y sin temor en el pecho
beber, cantar y reír.
Por eso puede creer
sin miedo en el corazón
que, llegada la ocasión,
se volverá á divertir.
¡Entretanto el criminal,
que no ha padecido en vano,
si ha muerto como cristiano
vuela de un ángel en pos:

y tras el trance fatal,
tras la horrenda expiación,
recibe al fin su perdón
al pie del trono de Dios!

EL HERIDO DE ÁFRICA

Por gloria el hombre suspira
y tras la gloria se afana;
¡ay, si descubre mañana
que toda gloria es mentira!
Por la gloria va á buscar
la muerte en lejana tierra;
por la gloria va á la guerra
sin saber si ha de tornar.
Miradle: joven, valiente,
lleno de vida y de honor,
caminando con ardor
de sus soldados al frente.
Y ved el marcial denuedo
brillar en sus negros ojos.
Ni el peligro le da enojos
ni la muerte le da miedo.
Contempladle en el instante
en que la luna callada

alumbra su faz tostada,
orgullo de madre amante.
Cuando aquel que se desvela
escucha sobresaltado
el grito ronco y pausado
que repite el centinela.
Duerme. Mirad: la esperanza
anima su dulce sueño.
La gloria: su bien, su empeño,
está allí, la ve, la alcanza.
Ved su mirada radiante
si la corneta resuena;
escuchad su voz serena
gritando siempre: ¡Adelante!
Vedle al combate volar
con ímpetu airado y loco;
que la muerte importa poco
cuando se quiere triunfar.
Y si en el campo tendido
plomo homicida le deja,
no esperéis ni aun una queja,
ni un reproche, ni un gemido;
Que la sangre que le baña
privándole de la vida,
es la gloria ya adquirida,
es la gloria de la España.

Después, cuando por fortuna
termina la dura guerra,
vuelve el herido á la tierra
que vió mecerse su cuna.
Mas ya no late en verdad
de entusiasmo el corazón.
Es que fué por la ilusión
y hallóse la realidad.
Es que torna de él en pos
una esperanza perdida;
menos amor á la vida
y más amor hacia Dios.
En la conciencia la calma;
para su nombre la gloria;
en el pecho una memoria,
y la tristeza en el alma.

EL AMOR Y YO

—¿Quién eres?
—Soy el Amor.
—¿A dónde vas?
—No lo sé.
—¿Y por qué lloras?
—¿Por qué?
Porque me mata el dolor.
—¿Qué tienes?
—Un desconsuelo.
—¿Y te marchas?
—Desterrado
—Descansa aquí.
—No me es dado.
—Pero, ¿qué buscas?
—El cielo.
—¿Cuál es tu crimen?
—Mi nombre

—¿Y te acusan?
—De querer.
—¿Quién te juzgó?
—La mujer.
—¿Y quién te condena?
—El hombre.
—¿Conque es cierto?
—Ya lo ves.
—¿Y dejas la tierra?
—Sí.
—¿Qué vamos á hacer sin ti?
—Aún os queda el Interés.
—Cierto; pero el egoísmo
no llena un gran corazón.
—Queda también la Ambición,
que llena el alma lo mismo.
—¿Qué harán los hombres?
—Fingir.
—¿Y las mujeres?
—Contar.
—¿Y unos y otras?
—Calcular.
—¿Y el mundo entero?
—Reír.
—¡Huyes!
—De la tierra toda.

—¡Ay! ¡Dabas la dicha!
—Á veces.
—Y desde hoy...
—Desde hoy con creces
os la dará...
—¿Quién?
—La Moda.
—¡La Moda! y ¿cómo?
—Primero
buscarás una mujer...
—¿Que sepa orar y querer?
—Que tenga mucho dinero.
—No tengo ambición.
—Ensaya.
—Habrá de ser madre amante.
—Eso ya no es elegante.
—¿Y mis hijos?
—Con el aya.
—¡Voy á ser muy desgraciado!
—Al revés, serás dichoso.
—¡Ay! ¡Quédate, ángel hermoso!
—No puedo. Me han desterrado.
—¡Quédate, por compasión!
—Imposible aunque quisiera.
—Búscame en la tierra entera
un amante corazón.

—Soy ciego y mi testimonio
no basta ya.
—¡Ten piedad!
—¿No tienes en la ciudad
Agencias de matrimonio?
Adiós, adiós.
—¿Mi dolor
no ves?
—Otro reino empieza.
—¿Quién va á reinar?
—La Cabeza,
en las ruinas del Amor.

Á MI CORAZÓN

¿Qué tienes, di, corazón?
¿Por qué suspiras y callas
cuando en el pecho batallas
sin decirme la razón?
¿Acaso, corazón, di,
tus fuerzas has agotado?
¿Ó temes que demasiado
exija esta vez de ti?
Ni uno ni otro puede ser,
porque, escondido en mi pecho,
corazón, ya estarás hecho
á sufrir y á padecer.
¡Cuántas veces los quejidos
que la pena te arrancó,
al punto mi mano ahogó
comprimiendo tus latidos!
¡Cuántas otras deshojé
la ilusión que en ti nacía,

tronchando la flor de un día
que, allá en la mente, formé!
¡Cuántas tus justos agravios
devoraste con enojos,
viendo la venda en mis ojos;
viendo el candado en mis labios!
¡Pero, si entonces sufrías,
y sin consuelo llorabas,
el llanto que derramabas
eran las lágrimas mías!
Y hoy, que tanto he menester
paciencia y resignación,
¿te acobardas, corazón?
¡Oh! No lo puedo creer.
Tú, mi fiel y solo amigo,
¿no quieres parte en mi llanto?
Cuando por ti sufro tanto,
¿no quieres sufrir conmigo?
La vida te ha de costar;
mas renuncia á tu ambición.
Te conozco, corazón;
sé que quisieras gozar.
Que te mueres de tristeza
en tu cárcel encerrado;
porque el Señor te ha creado
con ideas de grandeza.

¡Que te aterras al pensar
en no tener, corazón,
para ser grande, ocasión!
¡espacio para volar!
Que te mata sonreír
mintiendo dicha y contento,
mientras en aquel momento
quisieras, tal vez, morir.
Mas sabe que la paciencia
con creces nos paga Dios,
y que nos queda á los dos
la calma de la conciencia.
Duerme, olvidando tu suerte,
para acortar el camino
que recorres peregrino
desde la vida á la muerte.
Sueña, pues soñar te es dado;
y olvida por tu fortuna
la voz del mundo importuna
que ríe del desdichado.
Cifra en soñar tu desvelo
y tus lágrimas devora;
que el corazón que más llora
está más cerca del cielo.

A ESPAÑA EN 1865

¡Nación de lealtad y de hidalguía!
¡Pueblo en el universo sin segundo!
¡Modelo de altivez y de osadía,
un tiempo en artes y en saber profundo!
¡Ídolo de tus hijos que allá un día
llevaron tu pendón á un nuevo mundo!
¿Qué ha sido de tu nombre y tu riqueza?
¿Dónde están tu esplendor y tu grandeza?

¿Qué fué del tiempo aquel do tu albedrío
como leyes dictaba sus antojos
causando con su inmenso poderío
de extranjeros monarcas los enojos?
¿Dónde están los soldados cuyo brío
en campos de española sangre rojos
supo escribir, para tu eterna gloria,
en cada heroica acción una victoria?

¿Qué has hecho de los grandes capitanes
que tan alta llevaron tu bandera;
y tras años de luchas y de afanes
te hicieron ser del mundo la primera?
¿Dónde están los ingenios cuyos manes
aprendió á venerar Europa entera?
¡Mientras tú; tú, la patria en que han nacido,
ni una estatua á su nombre has erigido!

¿Dónde están esos vates cuya pluma
produjo celestiales armonías?
¿Dónde, entre la desgracia que te abruma
podrás hallar los hombres de otros días?
¿Dónde, de tu grandeza, cual espuma
deshecha por torpezas y falsías,
sacarás otra vez hijos gigantes?
¿Dónde están un Colón? ¿Dónde un Cervantes?

¡Ah! Por desdicha el tiempo venturoso
en que fuiste temida y respetada,
pasó como un ensueño delicioso
del cual al despertar no resta nada.
Hoy, abatido el cetro poderoso;
confusa, vacilante, avergonzada,
para olvidar tu duelo y tu quebranto
duermes, cubierta con el regio manto.

Sin ver, adormecida en dulce sueño,
que ni tienes hacienda ni tesoro.

Sin ver que labran con sañudo empeño
tu deshonor, tu mengua y tu desdoro.
¡Mientras aguardan, con profundo ceño,
los que te adoran como yo te adoro,
el instante feliz, en que por suerte,
sacudas tu letargo, que es tu muerte!

Despierta, España; y á la Europa muestra
que tienes aun valor, aliento y vida.
Que has podido quedar en la palestra
desarmada quizás, nunca vencida.
Que, por fortuna, ostentas en la diestra
esa espada jamás envilecida
que á tus fieros contrarios causa espanto.
¡La espada de Bailén y de Lepanto!

Y, entonces, cual parecen aun más bellos
del sol los rayos tras la noche oscura,
parecerán más vivos los destellos
que despidan tu gloria y tu ventura.
Y el universo, al admirar en ellos
el fin de tu quebranto y amargura,
envidiando tu dicha y tu abundancia
rendirá su homenaje á tu constancia.

Y tornarán unidos á tus lares
el prestigio, la paz y la riqueza.
Volverá para siempre á tus hogares,
el eclipsado sol de tu grandeza;

y, domando otra vez los anchos mares,
al levantar erguida la cabeza
podrás decir al fin de tu campaña:
¡Paso á la gran nación! ¡Respeto á España!

LAS BORRASCAS DE LA VIDA

Cual se forman en los mares
las tempestades violentas,
de la vida los azares
dan al alma sus pesares
y al corazón sus tormentas.
Si se levanta en el pecho
ese viento abrasador
que de la suerte á despecho
llega hasta el alma derecho,
es que hay borrasca de amor.
Si el vendaval fiero trata
de avasallar corazones,
y con violencia que mata
cadenas ata y desata,
es borrasca de pasiones.
Si, del cansancio impelido,
fatigado de existir
el mar del amor perdido

va en otra playa á morir,
es que hay borrasca de olvido.
  Si en su cárcel encerrada,
entre sospechas y duelos
el alma ruge indignada
cual ruge la mar airada,
es que hay borrasca de celos.
  Y en fin, si miráis perdida
la nave del corazón
por vientos mil combatida,
es que la roban la vida
celos, olvido y pasión.

Á MI AHIJADA MARÍA DE LA PAZ

Tú me escribiste, María,
y yo te contesto aquí
que la carta recibí
con indecible alegría;
causándome gran placer
ver que con tino y constancia
haces menor la distancia
que hay entre ti y el saber,
y aprovechas cuantos modos
pueden tu intento lograr
sabiendo que has de ganar
en ello tú más que todos.
Es cierto: la educación
influye tanto en la vida,
que es la que forma, querida,
nuestro joven corazón,
y cuando por un descuido
se dejan pasar los años,

se llora, entre desengaños,
más tarde el tiempo perdido.
Y advierte que no es mi objeto
sólo de estudios hablarte:
de educación forman parte
el cariño y el respeto;
la dulzura; la obediencia;
la modestia; la bondad;
la reflexión; la humildad;
la oración, y la paciencia.
Pero tú dirás tal vez:
—Aún es pronto.—No lo creas;
¡Dios haga que nunca veas
del tiempo la rapidez!
¡Que se deslice entre flores
tu vida dulce y clemente,
sin inclinarse tu frente
al peso de los dolores!
Y así será..Por fortuna
tienes la dicha mayor
que pudo darte el Señor:
¡una madre cual ninguna!
Sigue su ejemplo afanosa;
cumple cual ella el deber,
y al llegar á ser mujer
serás mujer virtuosa.

Mas ya que á su lado vives,
inútiles son consejos
que siempre estarán muy lejos
de los que de ella recibes.
Por eso tan sólo ansío
que, cual la temprana flor
guarda sedienta de amor
en su cáliz el rocío,
tú guardes también en calma,
en la flor de la existencia,
esa divina inocencia
que es el rocío del alma.

NUESTRA VIDA

¿Qué busca el tierno niño
mientras su madre
canta para dormirle
dulces cantares?
Es un secreto;
pero tal vez sus ojos
buscan el cielo.
Y cuando hermoso y joven
entra en el mundo,
sediento de placeres,
cándido y puro,
¿tras de qué corre?
Tras los sueños que inspiran
las ilusiones.
Y luego, ya más tarde,
cuando en el alma
solícito atesora

sus esperanzas,
¿por qué suspira?
Porque muere de amores,
que son su vida.
Y cuando las miradas
pierden el brillo,
y se arruga la frente,
¿qué ha sucedido?
Que el tiempo avaro
en sus alas le lleva
los desengaños.
Y esa edad, ¿qué pretende
con ansia loca?
¿Cuáles son sus ensueños,
su dicha toda?
Las ambiciones.
Títulos y tesoros,
poder y honores.
Y si por su desdicha
los años vienen
cubriendo la cabeza
de blanca nieve,
¿tan largas horas
á qué consagra entonces?
A sus memorias.
Y, en fin, cuando á su lado

la muerte llega,
¿qué puede hacer? Los ojos
al cielo eleva;
¡que el pensamiento,
en el cielo nacido
muere en el cielo!

MENSAJE

Blanca luna que tranquila
oyes las quejas
de mi dolor,
¡Ay! Busca á mi amada, y dila
que aquí me dejas
muerto de amor.
Dila que existe límpida fuente
cuya corriente suele gemir,
porque olvidando sus ondas bellas,
no piensa en ellas al sonreír.
Mas sin lograrlo, sus negros rizos
y sus hechizos quiere admirar;
aunque á la fuente le cause enojos,
sólo en mis ojos se ha de mirar.
Di que entre rosas los ruiseñores
cantan amores con dulce voz,
y que al oírlos se aduerme el alma,
y el tiempo en calma pasa veloz.

Mas aunque trinen con tal dulzura,
con voz tan pura, con tal pasión,
más que gorjeos que lleva el viento,
vale el acento del corazón.
Di que susurra mansa la brisa
con la sonrisa del nuevo Abril,
y que halagadas por su presencia,
vierten su esencia violetas mil.
Mas ni las auras, ni sus quejidos,
á sus oídos han de llegar;
que derramando suaves olores,
no aman las flores cual yo sé amar.
Blanca luna, sé clemente;
y do alcanza
tu fulgor,
lleva, lleva, de un ausente,
la esperanza
y el amor.

EL ORGULLO

¡Yo soy el orgullo! Yo soy de la tierra
único monarca, tirano y señor;
domino las almas; engendro la guerra;
extingo la dicha, la fe y el amor.
Por mí las hermosas, ceñida de flores
fragantes y puras la cándida sien,
respiran perfumes que tornan traidores
su risa en gemidos, infierno su edén.
Por mí se aniquila del hombre el talento
creyendo elevarse del genio á la par.
Mi soplo es veneno mortal, aunque lento,
que puede en locura la ciencia tornar.
Por mí de los pueblos se aleja indignada
la paz que turbaron enojos de un rey:
por mí su bandera se ve destrozada,
perdida su honra, sin fuerza la ley.
Yo embriago al poeta con sueños de gloria,
aplausos y vivas haciéndole oír;

y luego deshago su dicha ilusoria,
amor y canciones tornando en gemir.
Yo robo á los hijos los besos queridos
que madres amantes debiéranles dar,
haciendo que el mundo deleites mentidos
les brinde risueño do puedan brillar.
Yo inspiro deseos, dirijo miradas
que matan á veces y crímenes son;
yo suelo de un gesto dejar sepultadas
la dicha y la calma de algún corazón.
Yo llevo del oro la loca demencia,
y arrastro las gentes tras ese metal;
gritando que el oro nos da en la existencia
placeres sin tasa, poder sin rival.
Yo rompo los lazos que forma la suerte
y nuestros destinos debieran unir:
señalo á la vida la gloria en la muerte,
y altiva la frente la llevo á morir.
Yo me disimulo tras la Providencia,
y adopto disfraces que fingen verdad;
me visto de celos, desdenes y ciencia,
de amor propio herido y de dignidad.
Yo torno sombrías las dichas más puras;
amargo el contento, disipo el placer;
ufano si logro sembrar desventuras;
feliz si consigo matar el querer.

Dejad franco el paso, y abridme camino.
¡Yo soy el orgullo! Venid de mí en pos.
¡Yo soy el orgullo! No pudo el destino
hacer que mi frente doblegue ante Dios.

LA DICHA PERDIDA

Vuela la blanca paloma,
mas del nido no se aleja;
allí sus amores guarda,
allí sus hijos la esperan.
Caense del árbol las hojas
que el viento en sus alas lleva;
y en cuanto pasa el invierno
hojas más verdes ostenta.
Furiosas del mar la olas
romper la roca quisieran;
pero si airadas se apartan,
después humildes la besan.
Al Sol oculta la noche
bajo su manto de estrellas;
mas brilla la blanca aurora
siendo del Sol mensajera.
La paloma vuelve al nido:
el árbol tiene hojas nuevas:

las olas tornan constantes:
la luz tras la noche llega.
Mas cuando lejos del alma
una vez la dicha vuela,
si se la busca es en vano:
si la llaman, no contesta;
porque la dicha perdida
no vuelve más á la tierra.

LA ESPERANZA

Es la esperanza
dulce consuelo;
suave perfume,
cándida flor;
radiante estrella
que desde el cielo
con su presencia
nos da valor.
Cuando reposa
dentro del alma,
nunca es eterno
nuestro penar:
que siempre el pecho
guarda la calma
mientras dichoso
puede esperar.
No hay para ella
distancia alguna,

ni la detiene
ningún poder.
El mundo es suyo;
gloria, fortuna,
amor, talento,
dicha y placer.
Cuanto se sueña,
cuanto se mira,
cuanto la tierra
puede encerrar,
grande ó pequeño,
cierto ó mentira,
todo el que espera
puede lograr.
Mas cuando llega
fatal momento
do la esperanza
debe morir;
cuando perdida
la lleva el viento
llevando á veces
nuestro existir;
Cuando del pecho
débil latido
muestra la ausencia
de la ilusión;

cuando exhalando
ronco gemido
brota la pena
del corazón,
  Entonces triste
de quien el cielo
de tal manera
quiso probar.
¡Ay del que queda
sin un consuelo!
¡Ay de quien vive
sin esperar!

EL PESAR

Mis esperanzas invierno helado
tronchó cual flores en su rigor.
En primavera florece el prado:
mis esperanzas no tienen flor.
Cual densa nube cubre la estrella,
mi dicha toda cubrió el pesar:
pero la nube no deja huella,
mientras mi dicha no ha de tornar.
Negra borrasca rugió en el alma,
cual en los mares fiero aquilón;
mas á los mares torna la calma
que huyó por siempre del corazón.
Tras larga noche con nuevo encanto
brilla del alba la claridad.
En mi existencia llanto tras llanto
siempre es eterna la oscuridad.

Por eso envidio los anchos mares;
la estrellá, el alba, la flor de Abril;
mientras la nube de mis pesares
corre en el viento borrascas mil.

LAS DOS FLORES

Á MIS SOBRINOS JOAQUÍN Y MANUEL

Nace una flor, y el aura cariñosa
la mece con dulzura;
en tanto que pintada mariposa
acude presurosa
á rendir homenaje á su hermosura.
Pero nace otra flor, y el cierzo helado
por su enemiga suerte,
troncha iracundo el tallo delicado;
que al fin mustio y ajado
sin casi haber vivido halla la muerte.
¿Por qué mientras la una es admirada
y vive envanecida,
muere su hermana triste é ignorada?
¿Acaso esta encerrada
en las flores la historia de la vida?
Sí, caros niños, sí: como las flores

nacemos y vivimos;
unos entre perfumes seductores;
otros entre dolores;
y como hemos vivido, así morimos.
¡Que vuestro Sol jamás con su presencia
enlute la amargura!
¡Que buena con los dos la Providencia
os haga en la existencia
flores nacidas para hallar ventura!

LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

—¿Qué llevas en la falda,
niña? ¿Qué llevas?
—Llevo, señor, las flores
de la pradera.
Mirad qué lindas
abren sus blancas hojas
las margaritas.
Las cogí muy temprano;
cuando doraba
la aurora con sus rayos
nuestras montañas;
entre la niebla
siendo del sol radiente
la mensajera.
—Y di, ¿cómo te atreves
tú, tan hermosa,

á correr por los campos
ya tarde y sola?
¿No tienes miedo?
¿No temes que la noche?...
--No; caballero.
Llevo mis pobres flores
á la capilla
que se ve en lo más alto
de la colina;
y una guirnalda
tejo para la Virgen
de la Esperanza.
—¿Y no has temido nunca
que los zagales
te cerraran el paso
para contarte
cuanto han sufrido,
al ver llevarse el viento
dulces suspiros?
¿No sospechas tampoco
que los amores
trasforman en volcanes
los corazones;
y que sufriendo,
muchas veces se olvida?...
—No; caballero.

El hombre que yo adoro
constante y tierna,
hace más de tres años
dejó la aldea;
y aunque llorando,
cual su honor le mandaba
se hizo soldado.
Hoy, como nadie ignora
que ya en el pecho
no cabe más imagen
que su recuerdo,
no hay quien se atreva
á buscar en mi alma
dichas ajenas.
—Pues mira; en las ciudades
donde yo habito
dicen que amor ausente
fué amor perdido.
¿Aquí en los pueblos
no sucede otro tanto?
—No, caballero.
Aquí, cuando del alma
damos las llaves,
el hombre á quien se entregan
guardarlas sabe.
Si las perdiera,

ya ninguno abriría
jamás la puerta.
Porque existe á la sombra
de esas acacias,
una cruz que han llamado
"La abandonada."
Las campesinas
allí lloran á veces,
pero no olvidan.
Olvidar no sabemos
aquí en los montes:
Perdonad, caballero,
¡somos tan torpes!
En las ciudades,
dicen que aprenden mucho,
y amar no saben.
Mas se acerca la noche;
voy á la ermita;
perdonad, caballero,
si estoy deprisa;
pero en la aldea
tengo mi madre anciana,
sola y enferma.
—Déjame de tus flores
una tan solo,
y te juro guardarla

como un tesoro;
cual un recuerdo
que conmigo irá siempre.
—No, caballero.
Las flores de la Virgen
jamás tocaron
hasta llegar á ella
más que mis manos.
—¿Cómo te llamas?
—María; cual la Virgen
de la Esperanza.

LEJOS DEL MUNDO

Dichoso aquel que con placer respira
del campo el puro ambiente,
mientras tranquilo mira
correr humilde y cristalina fuente;
en tanto que las aves y las flores
al viento dan su canto y sus olores.

Dichoso el que en la hierba reclinado
en noche clara y bella,
alegre y descuidado
contempla los fulgores de una estrella;
hasta que denso tul, nube importuna
viene á tender sobre la blanca luna.

Triste de quien habita las ciudades
entre miseria y lujo;
de locas vanidades
sufriendo á su pesar el necio influjo,
y arrastrando doquier férrea cadena
que á llevar su desdicha le condena.

Triste de quien respira del engaño
el venenoso aliento;
y halla siempre en su daño
alguien que, sin mostrarle sentimiento,
ve su llanto correr cuando suspira,
tachando sus pesares de mentira.
¡Ay! ¡Quién me diera en ignorada tierra,
al pie de la montaña,
ver la nevada sierra
desde el modesto umbral de la cabaña
entre verdes castaños escondida,
humilde asilo de mi dulce vida!
¡Quién me diera mirarme en los cristales
de límpido arroyuelo;
y mitigar mis males
contemplando el azul del puro cielo;
mientras oculta el Sol su viva lumbre
del alto cerro tras la altiva cumbre!
¡Quién me diera escuchar de la paloma
el amoroso arrullo;
y cuando el alba asoma
percibir de las hojas el murmullo,
seguido de los dulces trinos suaves
con que su aparición cantan las aves!
¡Quién me diera que un día esta esperanza
tornárase certeza;

y tan feliz mudanza
me mostrara del campo la belleza
del moribundo Sol á los reflejos,
lejos de la ciudad; del mundo lejos!

A MARTINEZ DE LA ROSA

Hay un punto del hombre en la vida
en que ansiando celeste ventura,
logra el alma por fin blanca y pura
hacia el cielo su patria volar;
y sin pena la tierra abandona
por la bella y eterna morada
entre nubes de nácar velada,
donde Dios la designa un lugar.
Ese instante esperado y temido
que la muerte se nombra en la tierra;
ese trance supremo que encierra
un misterio de luto y pavor,
harto pronto llegó por desdicha
para hacerte dejar este suelo
con tu ausencia cubierto de duelo,
por un mundo mil veces mejor.
Yo cantara, si fuera posible
ensalzarte con pobres cantares,

tu talento, tu honor, tus pesares,
de tu labio la magia y poder.
Te dijera que al verte, al hablarte,
te se pudo juzgar fácilmente;
porque siempre brillaba en tu frente
ese sello que imprime el saber.

Recordara cuán bien se advertía
escuchando un instante tu acento,
el desdén de tu gran pensamiento
hacia falsa y aleve ficción.
¡Quien por dicha logró conocerte
pudo ver en tu dulce mirada
la inefable bondad encerrada
en tu franco y leal corazón!

Recordara la suma modestia
con que tú te juzgabas á veces;
consiguiendo tan sólo con creces
tu talento profundo afirmar;
cual del cielo la estrella radiante
en la noche callada y oscura,
cuanto más esconderse procura
tanto más se la mira brillar.

Hoy recoges los verdes laureles
que florecen después de la vida,
y la gloria, de luto vestida
su corona coloca en tu sien.

Hoy el mundo te aclama poeta
porque á impulso de vivo destello
ensalzaste lo grande y lo bello
arrostrando tal vez su desdén.
Para orgullo y honor de la España
en su libro te inscribe la historia.
De tu nombre conservan memoria
los magnates, el pueblo y el Rey.
Que al Minístro, al poeta, al tribuno,
hoy la muerte añadió nueva fama
de su vida apagando la llama
al velar por la patria y la ley.
Mas no pudo con ello envidiosa
al olvido legar tus acciones,
ni las grandes y sabias lecciones
que con libros y ejemplo nos das.
¡Para siempre robonos tu acento;
escucharte desde hoy ya no es dado;
mas no temas; tu gloria ha quedado,
y la gloria no muere jamás!

EN MURCIA

Á MI SOBRINA Y AHIJADA MARÍA DE LA PAZ

Deslízanse lentamente
uno tras otro los años,
dejando nieve en la frente
y en el alma desengaños.
Mas si mi vida harto larga,
crueles tristezas encierra,
aún es mucho más amarga
pasada en extraña tierra,
Sin disfrutar la ventura
de que tus hijos amantes
me demuestren su ternura
en la lengua de Cervantes,
Ni mitigue mi desvelo
de la aurora el arrebol;
que aquel cielo no es mi cielo,
ni aquel sol es nuestro sol.

No extrañes, pues, á tu lado
verme hoy dichoso, María,
cual pajarillo enjaulado
que libre al fin se ve un día.

Cual flor silvestre que brota
en tierra de abrojos llena;
cual presidiario que rota
mira su dura cadena.

Y déjame cual me cuadre
que te mime ó que te riña;
pues tú, tantas veces madre,
siempre eres, para mí, niña.

Y al verte en tu blanda cuna
los sueños de mi cariño,
yo mismo, por mi fortuna,
vuelvo también á ser niño.

¡Ser niño siempre! ¡Gozar
sin saber lo que es sufrir;
y sonreír al llorar
mientras se llora al reír!

¡Ser niño, y tener la suerte
de avasallar las pasiones,
enlazando hasta la muerte
dos amantes corazones!

¡Ser niño! Es decir, ¡amar!
palabra suave y bendita;

antídoto del pesar;
sol de la dicha marchita.
  Amar para ser amado,
cual tú, sobrina del alma,
que de un amor bien ganado
disfrutas la dulce calma,
  y puedes decir gozosa
tras mil afanes prolijos:
—Buena madre; buena esposa;
Dios me dará buenos hijos.
  Yo en tanto, la dicha pierdo
de vuestra casa al partir:
¡mas va conmigo el recuerdo,
y recordar es vivir!

LA FLOR DE MI PENSAMIENTO

¡Pobre infeliz pensamiento!
Perdóname, bella flor:
lleva tus hojas el viento,
y entre tus hojas mi amor.

Pobre infeliz pensamiento
que siempre agitado estás;
descansa; no corras más
tras un nuevo sufrimiento;
pues sabes, por tu tormento,
que no lograrás jamás
eso que buscando vas,
pobre infeliz pensamiento.
Perdóname, bella flor,
si del verjel te cogí.
Tan dichosa eras allí,
que comprendo tu dolor.
Si mueres como mi amor,

culpa al destino, no á mí;
tu suerte lo quiso así:
perdóname, bella flor.
Lleva tus hojas el viento,
esas hojas que mecías
cuando há un instante te abrías
llena de vida y contento.
De tu estrella me lamento;
otra suerte merecías.
Mas ¡ay! Cual las dichas mías,
lleva tus hojas el viento.
Y entre tus hojas mi amor,
para colmo de amargura,
llevándose mi ventura,
me deja solo el dolor.
¡Por siempre adiós! Bella flor
tan candorosa; tan pura;
lleva el viento tu hermosura,
y entre tus hojas mi amor.

A NUESTRA CASA

¡Pobre y risueña morada
del mundo desconocida,
donde se esconde mi vida
ni envidiosa ni envidiada!
Acaso te debo á ti
gran parte de mi ventura;
acaso tú, con ternura,
mi dicha guardas aquí.
Acaso fué tu balcón,
sobre jardines abierto,
quien hizo soñar despierto
á mi joven corazón.
Acaso en él sin pesares
de noche tranquila en calma,
han germinado en el alma
mis más sentidos cantares.
Pues si te faltan primores
con que sueña el mundo loco,

yo los estimo en muy poco
al mirar tus bellas flores.
No hay en ti la bulla extraña
que en los palacios se siente;
mas se respira el ambiente
venido de la montaña.
Y cual en suave verjel,
del rojo geranio al lado,
el pensamiento morado
contrasta con el clavel:
Mientras flexible y graciosa
se mece la capuchina,
y avergonzada se inclina
la verbena ante la rosa.
Mas, porque no falte nada
á tan dulce realidad,
el ángel de la bondad
aquí eligió su morada.
Su aliento entreabre la flor;
brota la luz de sus ojos;
su voz calma los enojos,
y da su ejemplo valor.
Por eso breves los días
corren bajo el techo amigo,
de mis estudios testigo,
guardián de mis alegrías.

Que tan tranquila mansión
no habita el tedio un instante;
y la ventura constante
la guarda de la ambición.
No llegan aquí del mundo
las amistades fingidas;
ni las palabras mentidas;
ni afecto que no es profundo.
Aquí con frente serena
oponemos pecho fuerte
ante el rigor de la suerte
ó el desmayo de la pena.
Aquí, en fin, con ansia igual
de los demás para ejemplo,
hemos erigido un templo
al cariño fraternal.

LA ORACIÓN

Á MI HERMANA MARÍA JOSEFA

Dos veces crucé la mar
tranquilo, sereno y fuerte,
sin que el temor á la muerte
lograra hacerme temblar;
y queriendo investigar
el auxilio á que debía
mi calma y mi valentía,
ví en la noche solitaria
elevarse la plegaria
que dirigiste á María.
Siguióla mi corazón;
y allá en el límpido cielo,
envuelta en su blanco velo
detúvose tu oración.
A la celeste mansión
llevando por verde palma

de tus sentidos la calma,
de tu viudez los enojos;
las lágrimas de tus ojos,
y la pureza del alma.
A Dios llegó. Dulce, suave,
cual la que ardiendo en cariño
enseña la madre al niño
del cielo al darle la llave.
¡Ay de aquel, si como el ave
del blando nido deserta,
y al cruzar su senda incierta
la llave pierde ú olvida:
que después, en la otra vida
cerrada hallará la puerta!
¡La oración! Siempre en el mundo
comparte nuestra fortuna:
nacida en la propia cuna,
muere con el moribundo.
Y en todo dolor profundo,
en toda pura alegría,
de noche, como de día,
nos grita:—Si sois cristianos,
postraos; juntad las manos
y decid:—*Salve María.*
¡Oh, tú, divino portento,
asombro de los más sabios!

Tú, que al pasar por los labios,
purificas el aliento;
tú, que calmas el tormento,
perdonas al enemigo,
apartas justo castigo
y vas del consuelo en pos;
tú, que eres hija de Dios,
¡Oración! Yo te bendigo.
Dichosa tú; santa hermana,
que por escarpada senda
marchas ciñendo la venda
de la dulce fe cristiana;
y que contenta y ufana
te apoyas en la piedad,
mientras de la eternidad
respiras la suave brisa.
Tú, que ostentas por divisa
¡oración y caridad!

GLOSA

La persona que más quiero
me ha dicho entre mil verdades:
no quieras ser marinero
si temes las tempestades.

La persona que más quiero,
destrozando el alma mía
se burla de mi agonía
y tiene el pecho de acero.
Yo, que por su culpa muero,
sé que no me ha de querer;
y sin embargo, ha de ser
la persona que más quiero.
Me ha dicho entre mil verdades
que soy un loco y un niño;
embustero mi cariño;
mis tormentos falsedades;
fingidas mis amistades;

triste el mirar de mis ojos;
y, en fin, que produzco enojos
me ha dicho entre mil verdades.

No quieras ser marinero,
pobre amante corazón:
tú que vives de ilusión
y te rindes el primero;
que te entregas todo entero
y sólo sabes sufrir,
sacrificarte y morir,
no quieras ser marinero.

Si temes las tempestades
no cruces, barquilla, el mar;
porque puedes naufragar
si abandonas las ciudades.
Y pues de Dios las bondades
te dan calma y sangre fría,
¡Alerta, barquilla mía,
si temes las tempestades!

UN MUNDO MEJOR

Á MI HERMANA CAROLINA

Si en horas de dulce calma
contemplas desde la orilla
blanca y ligera barquilla
cruzar el mar sin temor,
deja que el mar de tu pena
cruce tranquila en bonanza
la barca de tu esperanza
hacia otro mundo mejor.
Si tras el agreste monte
ves ocultarse á lo lejos
del sol los puros reflejos
lanzando vivo fulgor,
haz que entre nubes de grana
te lleve el astro del día
un suspiro, hermana mía,
hacia otro mundo mejor.

Si entre recuerdos amargos
flota tu mente indecisa
mientras columpia la brisa
marchita y pálida flor,
Ruégala mezcle piadosa
sus perfumes y tu llanto,
llevando aroma y quebranto
hacia otro mundo mejor.
Si escuchas el dulce arrullo
del ave que entre las flores
llora celosos dolores
ó entona cantos de amor,
Dila que escuche un instante
las tristes quejas que exhalas,
y que las lleve en sus alas
hacia otro mundo mejor.

¡ACUÉRDATE!

TRADUCCIÓN DE LA ROMANZA FRANCESA «RAPPELLE TOI»

Acuérdate cuando al nacer la aurora
tiñe de rosa el nacarado cielo.
Acuérdate cuando la noche llora
de tristeza ó de amor bajo su velo.
Cuando el seno palpita
sediento de gozar;
cuando la luna invita
de amor á suspirar;
cuando en el bosque umbrío
morir la luz se ve,
oye la voz, bien mío,
que dice: *¡Acuérdate!*
Acuérdate cuando mi desventura
me separe por siempre de tu lado:
cuando la pena, el llanto y la amargura
llenen mi corazón desesperado.

Recuerda mi demencia,
mi angustia y mi dolor.
Ni el tiempo ni la ausencia
curan el mal de amor.
Doquiera que mi estrella
me lleve, te diré:
No olvides mi querella,
mi bien: *¡Acuérdate!*
Acuérdate cuando el eterno sueño
duerma cubierto por la tierra fría:
cuando por ti no lata, ya sin dueño,
el corazón que tanto te quería.
No te verán mis ojos;
mas de la noche en calma
sobre tus labios rojos
se posará mi alma;
y al remontar el vuelo
¡adiós! murmuraré:
¡Te espero allá... en el cielo!
mi bien, *¡Acuérdate!*

A ELENA

Quiso el destino que los anchos mares
hoy te separen, seductora Elena,
de la morada en que tus bellos ojos
pudieron contemplar la luz primera.
Mas no logró impedir que en tus oídos
aún quede el eco de brillantes fiestas;
en tu mente el recuerdo de otros días;
en el alma el pesar de horas risueñas
pasadas como pasan esas nubes
más y más puras cuanto más se alejan.
Por eso entre nosotros desterrada,
cubre tu frente un velo de tristeza;
y ni las gracias de tus tiernos hijos,
ni de tu esposo la afección inmensa,
ni del alma la paz, ni la ventura,
ni los besos del ángel que hoy apenas
ha dejado caer sus blancas alas
para trocar el cielo por la tierra,

ni los rayos del sol que hallas sin brillo,
ni las flores que pálidas encuentras,
ni el aire que no viene embalsamado
con el perfume agreste de tus sierras,
ni el mundo, ni el placer, ni las lisonjas
mentida copia de amistad sincera,
te harán nunca olvidar la dulce patria
en la que siempre con encanto sueñas.
Y no vale decirte que tu frente
ciñe de la hermosura la díadema;
ni que tus rojos labios al abrirse
nos dejan admirar nítidas perlas;
porque sabes muy bien que en tierra extraña
por no sufrir el hondo mal de ausencia,
dieran los ruiseñores sus cantares,
sus inspirados versos los poetas,
vuestra hermosura las que sois hermosas,
y su corona real las que son Reinas.

EL 10 DE JULIO

¡Diez de Julio! Con placer
hoy mi saludo te envío.
¡Cuál corre el tiempo, Dios mío!
Paréceme que fué ayer
Cuando saliendo de España
dejé mi patria querida,
y hace años ya que la vida
pasamos en tierra extraña.
Mas siempre tu luz nos vió
la buena ó mala fortuna
partiendo desde la cuna
unidos mi hermana y yo.
Juntos venturas gozamos;
juntos sufrimos pesares;
juntos cruzamos los mares,
y juntos nos consolamos.
La dicha que el alma ansía
un año entero obtuvimos;

15

y entrambos felices fuimos
de Francia en el Mediodía,
Entre la mar y las flores,
bajo radiantes estrellas,
durante las noches bellas
pobladas de ruiseñores.
Después pisamos sin ruido
las alamedas sombrías
que recordando otros días
hoy gimen en el olvido;
Y recorrimos sus calles
reflexionando en la suerte,
al suspirar por la muerte
del esplendor de Versalles.
Más tarde la gran ciudad
que impone al mundo su influjo,
nos hizo admirar su lujo
y su loca vanidad;
Sin que en aquellos momentos
la mente pensar pudiera
que la guerra convirtiera
en ruinas sus monumentos,
Y que de muchas venturas
y mucha mentida gloria,
sólo quedase memoria
á las edades futuras.

Luego pusimos la planta
en las lejanas regiones
donde rige las naciones
la libertad sacrosanta.
¡Y vimos brillar el sol
en el nuevo Continente,
donde hoy es independiente
lo que un tiempo fué español!
Londres también con grandeza
creciente como la espuma,
mostrónos entre su bruma
oculta esa fortaleza
En que con sangre la historia
grabó en remotas edades
las inauditas crueldades
borrón de su eterna gloria.
¡Juntos un alto hemos hecho
en nuestro largo camino;
anhelando que el destino
mostrándose satisfecho,
Aquí nos deje gozar
tras tanto cansancio, al fin,
los aromas del jardín
y el ambiente de la mar;
Mientras tranquila la vida
va caminando á su ocaso

poco á poco, paso á paso,
sin violenta sacudida;
Cual esas nubes que en pos
una de otra juntas nacen,
y que juntas se deshacen
ante los ojos de Dios!

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

BRINDIS

Yo brindo por mi patria idolatrada,
hija del Sol, mansión de la hidalguía;
por esa España pobre, pero honrada,
que no puede existir sin monarquía.
Por Alfonso, su Rey, nieto de Reyes,
que tras años de llanto y de locura,
con ayuda de Dios dictará leyes
que derramen la paz y la ventura.
¡Por vuestra majestad! Que en tierra extraña
nos honra con bondad tan peregrina.
Señores: ¡Por la Reina! Y pueda España
largos años gritar:—¡Viva Cristina!

Havre Agosto 77.

A LA FRAGATA-VAPOR

DE LA ARMADA

CIUDAD DE CÁDIZ

ANTES *ISABEL II*

¡Salud, fragata española,
que hoy á las costas de Francia
viniste por dicha nuestra
á ser de honor salvaguardia!
¡Salud y buena fortuna,
noble y potente fragata,
bella como tus madrinas,
ligera como las auras,
valiente como ninguna,
altiva como tu patria!
¡Salud á ti que despliegas
la enseña de las Españas,
á cuya sombra cobijas
gloriosas acciones tantas,



que no te ha bastado un nombre
para pregonar tu fama!
Salud á nuestra bandera,
siempre orgullosa y gallarda,
que por los mares pasea
segura de ser guardada
por hombres que son leones
cuando de su honor se trata.
Bandera que nos diría
si las banderas hablaran:
—"Lo que en otros tiempos fuí,
otra vez seré mañana;
y mientras mis nobles hijos
tengan valor y constancia,
de cuantas banderas veo
por ninguna me trocara."—
Salud, marina de guerra,
honra de la hermosa España,
tipo de la gallardía,
del valor y la arrogancia,
de que la "Ciudad de Cádiz"
tal muestra presenta ufana
en el bizarro marino
que como jefe la manda,
y en sus oficiales todos
heroicos en la batalla,

serenos ante el peligro,
y corteses con las damas.
¡Dios quiera, "Ciudad de Cádiz,"
halles siempre donde vayas,
al llegar, caras risueñas;
al partir, tristes miradas;
prueba del grato recuerdo
que dejas por donde pasas;
Y que por la mar mecida,
por los vientos arrullada,
lleves á bordo la dicha,
á proa fe y esperanza,
y á popa, entre mil laureles,
tu honor y el honor de España!

DESPEDIDA

Á LOS OFICIALES DEL VAPOR DE LA ARMADA

CIUDAD DE CÁDIZ

¡Mañana os vais! Por fin llegó el momento
de mí temido, de otros esperado,
en que su blanca lona dando al viento,
de tan largo descanso fatigado,
con gallardo y ligero movimiento
por su potente máquina impulsado,
vuestro noble vapor corte las olas
con rumbo á las ciudades españolas.

Yo bien quisiera que la mente mía,
vuestras dichas contando una por una,
os pudiese decir que mi alegría
es mayor que la vuestra y otra alguna
al ver brillar el suspirado día
en que acaba el destierro por fortuna:

mas yo no sé mentir; y lo que siento
es tristeza, pesar y desaliento.

Cuando mañana tienda la mirada
por el inmenso y pérfido Oceano,
y la "Ciudad de Cádiz" tan amada
mis ojos y mi afán busquen en vano:
cuando de vuestro afecto no halle nada:
cuando estrechar no pueda vuestra mano,
ni mostrar mi cariño tan sincero,
sabré por lo que sufra lo que os quiero.

Mas si no me olvidáis: si mi memoria
os sigue donde os lleve vuestra estrella;
si peligros, amor, dichas ó gloria
nunca en nuestra amistad hiciesen mella;
cuando contéis más tarde vuestra historia
que, si es cual yo ambiciono, será bella,
podréis decir: ¡Quien tanto nos quería,
si no ha muerto, nos quiere todavía!

¡FELICES DIAS!

CARTA Á MI SOBRINA CAROLINA

Havre cuatro de Noviembre.
Queridísima sobrina:
Soy yo sobrado galante
y tú demasiado linda
para que mi pensamiento
no vuele á darte los días,
ya que mi adversa fortuna
hace tres años me priva
del indecible contento
que hallaba en tu compañía.
Y aun cuando una carta es poco
para que en ella te diga
la cariñosa ternura
que tu existencia me inspira,
déjame al menos probarte
que tu tío no te olvida,

y desde lejos te sigue
del corazón con la vista
ansiando sembrar de rosas
la senda por que caminas;
de placeres y de goces
el ambiente que respiras;
de dulces sueños tus noches;
de alegres cantos tus días;
y tu existencia de flores
al soplo de amor nacidas.
Déjame pensar que nunca
conocerás la desdicha;
ni en lirios verás trocarse
las rosas de tus mejillas;
y que vivirás serena,
como tu hermana querida,
por vuestra madre guardadas
y por su amor conducidas
á través de los peligros
con que hoy el mundo convida.
¡Que es el amor maternal
único seguro guía
para evitar los escollos
en que amenudo peligra
la barca de la inocencia
en los mares de la vida,

que tienen tan turbio el fondo
cual deliciosa la orilla!
  Déjame, en fin, que te mande
mi abrazo de despedida;
y que confunda tu nombre
con el nombre de María,
cual una y otra en mi pecho
estáis las dos confundidas
en el inmenso cariño
que, dentro del alma mía,
es bálsamo de mis penas;
cuna de mis alegrías;
consuelo de mis dolores,
y manantial de mis dichas.

VOTOS SINCEROS

A MI SOBRINA MARÍA DEL CARMEN

¡Que para ti la mar de la existencia
no pierda nunca su tranquila calma!
¡Que no llores jamás horas de ausencia
de los seres queridos de tu alma!
¡Que cual los astros numerosos sean
para ti, niña, los risueños días!
¡Que cuantos ames en tu rostro lean
tus serenas y puras alegrías!
¡Que para ti no tenga Dios pesares;
ayes el pecho, ni el dolor quebranto:
nubes el cielo, ni la vida azares:
la flor espinas, ni los ojos llanto!

BRINDIS

Á MI HERMANA MARÍA JOSEFA

Por ti, mi querida hermana,
que, con talento profundo,
has elegido entre el mundo
y la caridad cristiana.
Por ti, que cifras tu anhelo
en tener á Dios propicio,
y arrancas almas al vicio
para entregarlas al cielo.
Por ti, que tienes piedad
de todo el que sufre y llora:
de los pobres bienhechora,
y madre de la orfandad.
¡Por ti, que, al fin satisfecho,
tras larga separación
logro estrechar contra el pecho
con todo mi corazón!

LUTO

Ante las sombras de la noche oscura
ocultan las estrellas sus fulgores.
Ante el viento zumbando en la espesura
se inclinan con dolor mustias las flores.
Ante el torrente que feroz murmura
se enturbian los arroyos saltadores.
¡Qué mucho entonces huya la poesía
ante el llanto que vierte el alma mía!
¡Qué mucho si buscando un pensamiento
lágrimas de pesar ciegan los ojos;
si queriendo brindar dicha y contento
tristezas causo, produciendo enojos;
si lo que fué jardín con flores ciento
desierto es ya do reinan los abrojos;
si tan honda desgracia nos abruma
que casi es crimen el coger la pluma!
Y, sin embargo, en nuestro alegre nido
no hace mucho vivíamos sin pena

entre el canto del pájaro escondido
que alegra con su voz noche serena,
y el murmullo del mar adormecido
besando humilde la menuda arena;
sin pensar que hay borrascas en los mares,
sombra en la noche, y en la vida azares.

Sin pensar que la dicha cual la espuma
se deshace veloz al tenue aliento,
volando tan ligera cual la pluma
que á ignoradas regiones lleva el viento,
sin que del bien perdido quede en suma
para mayor dolor y más tormento,
sino un recuerdo que sin fin ni calma
cual agudo puñal desgarra el alma.

Mas no; que si el dolor aquí en la tierra
deja en el corazón rastro profundo,
y de gozo y placeres nos destierra,
en cambio nos entreabre ese otro mundo
en el que Dios nuestras heridas cierra
cual amoroso padre sin segundo,
al ceñirnos la sien con la corona
que pena y sufrimientos galardona.

Sin tan dulce esperanza, ¿qué sería
de tantos destrozados corazones
muertos para el placer y la alegría
que de heroico valor nos dan lecciones?

Dios no abandona á quien en Él confía.
Guarda á sus elegidos regios dones.
¡El alma es inmortal! Y tras su duelo,
en las alas de un ángel vuelve al cielo.

Á MI SOBRINA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN

Te sobra, niña, razón
y lo confieso: pequé;
mas si en efecto olvidé
que te llamas Concepción,
Debo decir sin disfraz,
aun cuando el nombre sabía,
que para mí no hay María
sin la Virgen de la Paz.
Y luego se pierde el tino
entre tan distintos nombres.
¿Ante Dios y ante los hombres
no te llamabas Comino?
Todo el que ve sin sorpresa
tu prosapia y tu linaje,
¿al rendirte vasallaje
no te apellida Marquesa?
Por tu sal y tu mirada
y ese tu garbo hechicero,

¿no te aclama el mundo entero
Maricuela la salada?
  Y tienes cien nombres más;
pues por tu boca chiquita
hay quien te llama Conchita;
pero, Concepción, jamás.
  Que tus labios de amapola,
y tus ojos de murciana,
y tus formas de Diana,
y tu chispa de española,
  Cual un sable á San Antonio
cuadran á nombre tan grave:
Concepción será muy suave
después de tu matrimonio.
  Y si me escuchas á mí,
solterón ya redomado,
ten por Dios mucho cuidado
antes de soltar un Sí.
  Guapo, feo, pobre ó rico,
mira al hombre sin piedad;
y guarda tu libertad,
tu mantilla y tu abanico.
  Disfruta paz y alegría
en esa España adorada;
porque en el mundo no hay nada
como tu patria y la mía.

Y al rezar, cándida perla
á quien mis besos envío,
pídele á Dios que tu tío
vuelva á abrazarte, y á verla.

CUANDO SEAS MUJER

A MI SOBRINA MARÍA TERESA

Cuando seas mujer, con loco empeño
juzgarás realidad lo que es un sueño,
y te hablarán de amores
en noches siempre bellas,
los pájaros, las flores,
el mar y las estrellas.
Pero, entretanto, por tu fortuna,
un ángel mece tu blanda cuna.
Serás mañana madre y esposa;
duerme hoy tranquila, niña y dichosa.
Cuando seas mujer, tus ojos bellos
incendios causarán con sus destellos,
dejando tu mirada
en más de una ocasión,
un alma destrozada
y herido un corazón.

Pero, entretanto, por tu fortuna, etc.
Cuando seas mujer, tendrás pesares;
habrás visto del mundo los azares:
el mar del desencanto
surcará tu barquilla,
y verterás el llanto
que abrasa la mejilla.
Pero, entretanto, por tu fortuna, etc.
Cuando seas mujer, el nupcial velo
sobre tu casta frente pondrá el Cielo;
y al postrarte ante el altar
sabrás lo que es el deber;
lo que se sufre al amar,
y lo que cuesta el querer.
Pero, entretanto, por tu fortuna, etc.
Cuando seas mujer, llegará el día
en que te llame un ángel: ¡Madre mía!
Y entonces, con encanto,
darás en tu embeleso,
tu llanto, por su llanto;
tu vida, por un beso.
Pero, entretanto, por tu fortuna, etc.
Cuando seas mujer, vendrán los años;
y con la ancianidad los desengaños.
¡Dios haga que mecida
por sueños de otra edad,

llenar puedas tu vida
de amor y caridad!
Pero, entretanto, por tu fortuna,
un ángel mece tu blanda cuna.
Serás mañana madre y esposa;
duerme hoy tranquila, niña y dichosa.

NI CONTIGO NI SIN TI

Ni contigo ni sin ti
mis penas tienen remedio;
contigo porque me matas,
y sin ti porque me muero.

Es tan grande mi dolor
y mi pesar tan profundo,
que no hay tal vez en el mundo
otra desdicha mayor.
Me muero de mal de amor
desde el punto en que te ví;
y como sé que por mí
tú sientes sólo desdén,
no puedo vivir, mi bien,
ni contigo ni sin ti.
Cuando no estás á mi lado
falta la luz á mis ojos,
que todo produce enojos
lejos del dueño adorado.

Y es tal mi funesto estado,
y mi tristeza y mi tedio,
que de vivir no hallo medio
y quiero mejor morir;
pues dejando de existir,
mis penas tienen remedio.

Yo no intento dueño ser
de todo tu corazón;
mientras guarde mi razón
sé que no lo he de obtener.

Pero el dejarte de ver,
y el desdén con que me tratas
cuando los lazos desatas
que anudan nuestro cariño,
me hacen reñir como un niño
contigo porque me matas.

Me matas, sí: te lo juro
por lo que hay de más sagrado.
¡El que está desesperado
hasta el sol encuentra oscuro!

Pasar por trance tan duro
toda la vida no quiero;
morir escojo y prefiero
pues el mundo me da hastío;
contigo por tu desvío,
y sin ti porque me muero.

AL CAMPOSANTO DE CETTE

¡Mansión de la eterna calma
donde se llora y se reza
cuando se lleva en el alma
una incurable tristeza!
¡Donde se acaba una vida
y otra tal vez se vislumbra
que nos aguarda escondida
bajo la cruz de la tumba!
¡Tierra que en este momento
para mí santa, aunque extraña,
das forma en mi pensamiento
á los recuerdos de España!
Permíteme que tu arena
venga extranjero á pisar,
buscando alivio á mi pena
ante las olas del mar.

Deja que mi voz levante
del viento á la voz unida,
al saludar un instante
á los que yacen sin vida.
¡Quién sabe si en el incierto
movimiento de su suerte
echaron menos el puerto
con que les brinda la muerte!
¡Quién sabe lo que el destino
les hizo acaso sufrir,
y si en la tierra su sino
fué suspirar y gemir!
¡Quién sabe, en fin, si su anhelo
cifraron en reposar
entre lo inmenso del cielo
y lo inmenso de la mar!
Tal vez. Que en esta morada
cuando la tarde declina,
se siente el alma impregnada
de la grandeza divina;
Y del Señor el aliento
casi se aspira; se toca,
en los gemidos del viento
que silba de roca en roca;
En el furioso oleaje
formado allá entre la bruma,

que en su impotente coraje
la playa alfombra de espuma;
En ese sol que á lo lejos
sus vívidos rayos lanza,
dorando con sus reflejos
la patria de la esperanza:
En esa triste azucena
que mustia y tronchada miro;
sembrada por una pena,
mecida por un suspiro.
En aquel bajel que al puerto
vuelve tras largos azares,
de blanca lona cubierto
cual paloma de los mares:
¡En ese leño sagrado
emblema de la Pasión,
ante el que se ha prosternado
tanto herido corazón!
Y en esa tumba ignorada,
cuando en silencio me advierte,
que tras la vida agitada
llega la paz de la muerte;
Y que quizás mi destino,
que me retiene en el día
extranjero y peregrino
lejos de la patria mía,

Aquí me traiga á habitar
de tantos otros en pos,
entre los cielos y el mar
bajo el amparo de Dios.

EL ROBLE Y LA ENCINA

Á MI HERMANA AMALIA

¡Oh, tú! Que cándida y bella
eres mi estrella,
mi bien, mi amor;
escucha una larga historia
que en mi memoria
grabó el dolor.
Es un recuerdo de lo pasado
que de la mente jamás se aleja;
y que á mi lado
la brisa en este instante ha murmurado
como una queja.

I

Un roble y una encina corpulenta
su frondoso ramaje entrelazaron,

y los nuevos retoños preservaron
del fiero vendaval y la tormenta.
Crecieron todos bajo su sombra
libres, dichosos y sin desvelo;
teniendo el césped por verde alfombra
y por techumbre límpido cielo.
Los columpiaron céfiros suaves;
el arroyuelo sus pies besó;
entre sus hojas cantaron aves,
y ardientes rayos el sol les dió.
Los retoños no dudaron
que su dicha era segura;
las ramas entrelazaron
con abrazos de ternura,
Y la brisa siguiólos meciendo
al rumor de la fuente vecina,
mientras ellos siguieron creciendo
á la sombra del roble y la encina.

II

Era una noche negra y sin luna,
noche de espanto y oscuridad,
en que reinaba sin traba alguna
en todo el bosque la tempestad.

Al mugir de la tormenta
se mezcla el silbar del viento,
y vense en el firmamento
los relámpagos brillar.
Despréndese de las nubes
constante lluvia á torrentes,
y van las hojas nacientes
por el espacio á cruzar.
Haciendo esfuerzos supremos
y con afanes prolijos,
viendo en peligro á sus hijos,
tiende la encina los brazos.
¡Mas ay! ¡Que veloz los aires
atraviesa una centella!
¡Pobre madre! ¡Era tan bella!
¡¡Tan bella y hecha pedazos!!

III

Murió la encina frondosa
de nuestro valle encanto y ornamento,
como madre cariñosa
sin lanzar un gemido ni un lamento;
y el roble, con su muerte,
aunque lozano y fuerte,

comprendió que sus ramas no bastaban
para cubrir los hijos que quedaban.
¡Mas ay! Una murió. Dos se enlazaron
y la sombra paterna abandonaron.

Muy pronto vió tan sólo en su presencia
en medio de las nieblas del Otoño,
una de sus cuatro hijas, y un retoño
que apenas empezaba la existencia.

Hija que, con firmeza, dijo erguida:
No tratéis de arrancarme: fuera en vano;
soy necesaria á un padre y un hermano;
aquí está mi deber, y aquí mi vida.

Quedóse allí, en efecto, y con desvelo
del anciano y el niño siendo estrella,
sembró felicidad en torno de ella
recogiendo pesar y desconsuelo.

IV

El roble se marchitaba
y el arbolillo crecía.
El uno en el mundo entraba,
y otro del mundo salía.

El joven quiso lozano
elevarse presuroso;

pero su esfuerzo hizo vano
el viejo roble achacoso.
Y, resignado á su suerte,
tomó ejemplo de su hermana,
cuidando del tronco inerte
sin pensar nunca en mañana.
De tal manera vivían
amándose con locura,
sin sentir lo que perdían;
pues guardaban su ternura.
Mas no logró su desvelo
variar las leyes de Dios,
¡y en una noche de duelo
se hallaron solos los dos!

V

Testigo el bosque y la nevada sierra
fueron de su amargura,
al hallarse en la tierra
solos con su dolor y desventura.
Mas, pasado algún tiempo, resignados
tuvieron confianza:
que de los desgraciados,
el único consuelo es la esperanza.

Y uno al otro protegiendo
desde el día que han nacido,
unidos siempre han vivido
y unidos siguen viviendo.
Tal vez cediendo á la suerte
ambos sus tallos doblaron;
pero al menos se juraron
adorarse hasta la muerte;
Sirviéndoles de consuelo
tras sus dolores prolijos,
haber logrado su anhelo,
y esperar juntos el cielo
premio de los buenos hijos.

IV

Esta es la historia, querida mía,
que allá en la mente grabó el dolor.
Dulces recuerdos de mi alegría,
de mis tristezas y de tu amor.
Recuérdala tú también,
Amalia; porque esa historia,
es blasón de nuestra gloria;
corona de nuestra sién.

Y no olvides jamás, no,
que de la encina naciste;
que allí un hermano tuviste,
y que ese hermano soy yo.

EPÍLOGO DE UN AMOR

Todo es silencio y quietud.
Tan sólo á intervalos brilla
un cirio, allá en la capilla,
delante de un ataúd.
Postrado en el pavimento
un hombre la frente inclina.
Una sombra se adivina
tras la reja del convento.
Solloza el hombre al orar
por la que muerta reposa:
sus lágrimas silenciosa
la monja vierte al rezar.
Y cuando la luz incierta
rojos fulgores aviva,
parece á veces la viva
más pálida que la muerta.
Por un contraste profundo,
la que acaba de espirar

muere pudiendo gozar
de los amores del mundo:
Y ocultando bajo el velo
sus ojos llenos de llanto,
la monja vive entretanto
con los amores del cielo.
Una y otra la corona
ya del martirio logró:
la muerta por lo que amó:
la viva porque perdona.
Hoy mustias; ayer lozanas
flores que troncha la suerte,
hermanas son en la muerte,
y en el mundo eran hermanas.
Iguales ante el dolor
dióles su adversa fortuna
un apellido, una cuna,
una madre y un amor.
Ambas crecieron dichosas
dando sus risas al viento;
y voló su pensamiento
cual vuelan las mariposas.
Así vivieron en calma,
hasta que fatal destino
puso un hombre en su camino
para robarles el alma.

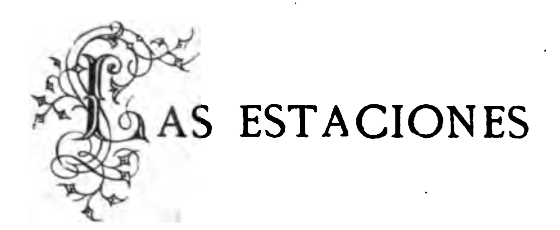
¡Y al fuego de la pasión
que sus pupilas lanzaron,
las mariposas quemaron
las alas del corazón!
Fué su existencia un suplicio:
mas, haciéndolas rivales,
el amor las hizo iguales
en su heroico sacrificio.
Y se arrojaron las dos
espantadas de su suerte,
una en brazos de la muerte,
otra en los brazos de Dios.

Sólo los ángeles ven
del cirio á la luz incierta,
ceñir la viva á la muerta
de blancas rosas la sien.
Ellos, aunque el viento zumba,
logran el beso escuchar
de la virgen del altar
á la virgen de la tumba.
¡Y cumpliendo su misión
emprenden su raudo vuelo,
gozosos llevando al cielo
lágrimas, beso y perdón!

Lanza el cirio sus fulgores.
Dobla por fin la campana.
Tiñen la ogiva ventana
del alba los resplandores.

. . . .

Distingo un cadáver yerto...
Una mujer que se muere...
¡Un hombre que vivir quiere
con el corazón ya muerto!



LAS ESTACIONES

LAS ESTACIONES

Á MI HERMANA AMALIA

Las fases más notables de la vida
desde el punto en que nace hasta que acaba,
quiso aquí bosquejar mi débil pluma,
sobrado humilde para empresa tanta.
Tú sabrás acoger con el cariño
de verdadera amiga y tierna hermana
esta sincera muestra de un afecto
para expresar el cual faltan palabras,
pensando, como yo, que siempre unidos
en la prosperidad y la desgracia,
no puede haber fatiga que nos venza
ni tan fuerte aflicción que nos abata,
mientras piadoso nos conceda el cielo
cual premio de valor y de constancia,
para poder amar, dos corazones:
para sentir los dos, tan solo un alma.

I

LA PRIMAVERA

Estación de los ensueños
en que nacen esas flores
cuyos brillantes colores
matiza nuestra ilusión.
En que de suaves perfumes
la tibia brisa impregnada,
torna en divina morada
nuestra terrestre mansión.
¿Por qué tu efímero imperio
debe tan pronto acabar?
¿Por qué no puede durar
mientras nos dure el vivir?
¿Por qué el adverso destino
no quiso que nuestra vida
pase en tu seno adormida
sin ansiar más porvenir?
¡Eres tan pura! ¡Tan bella!
Esparces tan dulce encanto,

que, si se llora, hasta el llanto
cual el rocío en la flor,
deja al brillar en los ojos
en vez de pena, consuelo;
pues tu llanto, don del cielo,
es siempre llanto de amor.

Tu aliento cubre de rosas
las horas de la existencia;
con tu anhelada presencia
haces la dicha nacer.

Tornas más puro el arroyo;
más grato del ave el canto;
prestas al sol nuevo encanto;
más atractivo al placer.

Mas ¡ay! Tu luz blanca y pura
brilla tan sólo un instante;
muy pronto impulso gigante
nos lleva hacia otra región,

Y al dejarte, deshojando
nuestra ilusión más querida,
un paso da nuestra vida:
un ¡ay! nuestro corazón.

II

EL VERANO

Tiempo de rudo afán para la mente
cansada de quiméricas ficciones,
á cuyo paso sufre el alma ardiente
el yugo abrasador de sus pasiones.
Tiempo en que la razón, cual mies dorada
gloria, poder, fortuna nos presenta;
que lejanos divisa la mirada
hallando nuestra marcha torpe y lenta.
Tú eres bello también, pues tus errores
compensas ofreciendo por tributos,
si no lozanas y olorosas flores,
tu multitud de sazonados frutos.
Tienes hermosos días en que el alma
después de batallar queda contenta,
cual la tierra reposa en dulce calma
tras el ronco bramar de la tormenta.
Tienes fuerza y vigor; pero la suerte
te ha condenado á ser verdugo y reo,

dando á tu misma vida pronta muerte
el sol abrasador de tu deseo.
Tienes dentro de ti, de la ventura
cual tesoro sin par germen fecundo,
para tornar tu vida dulce y pura
si no le hiela con su soplo el mundo.
Tienes vicio y virtud; sol y rocío;
calmas y tempestad; frutos y abrojos;
y dejas al partir, fecundo estío,
en el alma pesar; llanto en los ojos.

III

EL OTOÑO

Para calmar nuestras penas
tras esa estación ardiente
en que se respira apenas,
debieran brisas serenas
hacer más puro el ambiente.
De las fogosas pasiones
templada ya la vehemencia,

pudieran nuestras acciones
ajustarse á las lecciones
escritas en la conciencia.

Mas no concediendo el cielo
al hombre tanta ventura,
en su constante desvelo
busca con creciente anhelo
la luz entre noche oscura;

Perdiendo la fuerza escasa
conservada del verano,
en ansiar dicha sin tasa;
mientras el tiempo que pasa,
y que jamás pasa en vano,

Le ve, lejos de aceptar
su verdadera misión,
la vida entera gastar
en maldecir y llorar
la muerte de su ilusión.

Y sin embargo, aún hay flores
que, perfumando su ambiente
con aromas seductores,
de ciencia, virtud y honores
coronen su altiva frente.

Aún puede lograr ventura;
aún en él la dicha mora,
si consecuente procura

buscar la luz suave y pura
que la familia atesora.
Con ella ve sin pesar
el sol de nubes cubierto;
cual las borrascas del mar
puede tranquila mirar
la nave que llega al puerto.

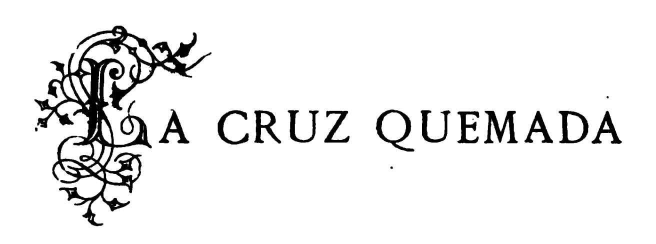
IV

EL INVIERNO

Hielo en el valle y la sierra;
en el prado y la montaña;
en el río y la cabaña;
he aquí el invierno en la tierra.
Nieve en el alma abatida;
nieve cubriendo la frente;
hielo en el pecho y la mente;
he aquí el invierno en la vida.
¡El invierno! yerto, frío,
en el que ve la mirada,

si una flor, mustia y hollada;
si un fruto, seco y tardío.
¡En el que torna al no ser
tanta ventura ilusoria;
perdiendo hasta la memoria
de nuestras dichas de ayer!
¡En el que ya sin vigor
el roble un tiempo tan fuerte,
vislumbra en su triste suerte
el hacha del leñador!
Pero en el que la piedad
de un amoroso cariño,
las tiernas gracias de un niño,
la fe de antigua ámistad,
El respeto, la ternura,
la calma de la conciencia,
pueden dar á la existencia
tan apacible ventura.
Pues no trascurre un instante
desde aquel en que nacemos,
en que visible no hallemos
de Dios el amor constante.
Halagos en la niñez,
más tarde las ilusiones,
y, tras amor y ambiciones,
la calma de la vejez.

Que si la estación postrera
nos deja el consuelo eterno
de que tras sañudo invierno
renace la primavera,
¡En la existencia además
mitiga nuestros dolores,
saber que en el cielo hay flores
que no perecen jamás!



LA CRUZ QUEMADA

LA CRUZ QUEMADA

LEYENDA

I

Oscura y triste es la noche:
no alumbra el cielo una estrella;
tan sólo se oye el gemido
del viento entre la arboleda.
y el graznar de las lechuzas
que anidan en las almenas.
En el patio del castillo,
don Juan, su señor, pasea,
murmurando del criado,
á quien culpa de torpeza;
al fin, con ceño, le dice:
—Me harás perder la paciencia.

—Señor...
—Silencio y ensilla:
pero parece que tiemblas.
Si tienes miedo...
—¡Yo miedo!
no supe jamás lo que era.
—¿Pues entonces?
—Es que miro
acercarse la tormenta.
¡Señor! ¡Por Dios!
—No me espanta;
dame el caballo y no temas:
es la tormenta del alma
mayor que la que se acerca.
Además, ya no hay remedio.
Es tarde; mi dama espera.—
Dicho lo cual, en sus potros
montan los dos con presteza,
y al trote de sus bridones
chispas despiden las piedras.

II

Dos horas há que en silencio
señor y escudero llevan,
cuando al fulgor del relámpago,
que rasga la noche densa,
descubren en el camino,
al pie de una cruz de piedra,
una mujer de rodillas
en negro ropaje envuelta.
Al mirarla, el caballero
hace al criado una seña:
éste desmonta, y llevándose
el corcel que el otro deja,
se pierde pronto de vista
del monte entre la maleza.
Paso á paso, el caballero
al pie de la cruz se acerca.
—Don Juan—la dama murmura.
—Inés—don Juan la contesta,—

gracias por haber venido.
—Mandásteme que viniera,
y de mi honor con peligro...
—Que yo te hablara era fuerza,
Inés. Vengo á despedirme.
—¡Cielos!
—Mi padre lo ordena;
mañana á Sevilla parto.
—¡Ay, desdichada!
—No temas,
yo doy de amarte palabra
en tanto que vida tenga.
—¡Don Juan!
—Suspiras. ¿Qué tienes?
—Miedo, pesar y tristeza;
paréceme que me engañas.
—¡Bien mío! Jamás. ¡Qué idea!
—Pues júrame que ninguna
tu esposa será en la tierra
sino yo, cual te prometo
morir si mi amor desdeñas.
—¡Morir!
—Júralo.
—Lo juro.
—¿Por qué?
—¡Por la cruz de piedra!—

Y al jurarlo, con la mano
sobre la misma cruz puesta,
el estampido del trueno
á los amantes aterra.

III

Un año va trascurrido
desde la escena pasada;
y doña Inés olvidada
hace ya tiempo que fué.
Don Juan volvió de Sevilla;
pero vió los labios rojos
de Aurora, y ante sus ojos
rindió á sus plantas su fe.
Ella escuchóle piadosa,
que es galán el caballero;
creyóle noble y sincero,
y prefirióle entre mil.
Por eso don Juan dichoso
en su estancia se engalana;

gritando á Ruiz que se afana
en ponerle muy gentil.
—¡Hola! Al punto mi caballo.
—¿Salís, señor?
—Al instante;
ahí tienes ese brillante
en albricias de mi amor.
Mañana por fin se logra
cuanto el alma apetecía:
doña Aurora será mía
y esposa de tu señor.
—Recibid mi enhorabuena.
—Gracias. Mas, anda ligero.
De amor é impaciencia muero
hasta llegar á sus pies.
—¿Os acompaño?
—No: solo
quiero gozar mi ventura.
—La noche está tan oscura
como aquella...
—¡Pobre Inés!
—Dicen, Señor, que del lecho
ha tiempo no se levanta;
si muriese...
—¡Es una santa!
—¿Y no tenéis compasión?

—No: por su culpa padece
llorando mi amor perdido.
Ayer la amé. Si hoy la olvido
que se consuele es razón.

IV

Y abandonando el castillo
á escape su potro lanza;
mientras el fiel escudero
le sigue con la mirada,
hasta que al fin pensativo
y la frente cabizbaja,
murmurando:—“Dios le guíe“—
torna á internarse en la casa.
Entretanto el caballero
cruza á escape la montaña;
que es tarde, y vuela impaciente
donde su hermosa le aguarda.
Contento don Juan camina
pensando alegre en su dama,
sin notar que el firmamento
encubren nubes opacas.

De pronto llega á su oído
el tañir de una campana;
y, á la luz de una centella,
divisa una forma blanca;
y siente que su caballo
tiembla, tropieza y se para.
Valiente es el caballero;
y desnudando la espada,
espuelas pica á su potro
gritando con arrogancia:
—Quien quier que fueseis, dejadme
si en algo estimáis la calma.
—Don Juan—cogiendo la rienda
dice la sombra en voz baja:—
Mal puede estimar la vida
aquella á quien vida falta.
Escuchad; y á vuestro oído
llegará de la campana
el doblar, que ha de anunciaros
cumplí mi fatal palabra:
Cumplid la vuestra, don Juan;
mirad que Dios os lo manda.
—¿Quién sois?
—La sombra de Inés,
á quien jurasteis constancia.
—Es falso, citad testigos.

—Los hay en el cielo y basta.
—¿Y en la tierra?
—Hay uno.
—¿Cuál?
—La cruz de piedra.
—No habla.
—El poder de Dios es grande.
Don Juan, ¡mirad por vuestra alma!
¡Arrepentíos!
—No es tiempo.
—Tal vez ese tiempo os falta.
—Soy joven.
—¡Arrepentíos!
¡El sol no veréis mañana!

V

Y así diciendo, en los aires
se deshace la visión,
en tanto que su razón
siente don Juan vacilar.

Pero al punto se serena,
y con esfuerzo violento
veloz como el raudo viento
hace á su potro volar.

Praderas, montes y valles,
rápidos cruzan sin tino,
cual airado torbellino,
cual rápida exhalación;
y el fulgor de las centellas
y el estampido del trueno,
don Juan contempla sereno
sin miedo en el corazón.

Y corre, corre, animando
al potro blanco de espuma,
lanzado cual leve pluma
en medio del huracán.

Y ambos á dos de su paso
dejando huella sangrienta,
en medio de la tormenta
imagen son de Satán.

Y corre, corre, que cerca
divisa ya de su amada
la seductora morada
en que ha de gozar después,
y donde al lado de Aurora
unidos en dulces lazos,

olvidará entre sus brazos
la sombra de doña Inés.
De pronto, lleno de rabia,
don Juan, á quien nada arredra,
descubre la cruz de piedra
en que juraron los dos;
mientras resuena en los aires
voz que le grita: ¡Perjuro!
aquí dijiste: "Lo juro"
¡ante la enseña de Dios!
Y al mismo tiempo, la nube
que el rayo esconde en su seno,
lanzando espantoso trueno
despide lívida luz,
mostrando á don Juan sin vida,
é indeleble quemadura,
donde la mano perjura
puso el blasfemo en la cruz.



EL PACTO

ENTRE LA PAZ Y LA GUERRA

EL PACTO

ENTRE LA PAZ Y LA GUERRA

Á S. M. EL REY

DON ALFONSO XII

Señor:
Años há que vivo
alejado de la España,
sirviéndola en tierra extraña,
de mis deberes cautivo.

Mas aunque lejos del sol
que calienta nuestro suelo,
y sin ver su hermoso cielo,
soy siempre muy español.

Dios y patria. Esa es la ley
que guarda mi pecho hidalgo:

y lo poco que yo valgo
es de España y de su Rey.
¿Os dignaréis aceptar
los versos que veis aquí?
Para vos los escribí
en la nación al pensar.
Porque tan sólo una estrella
os dió el Señor á los dos.
Ni ella viviera sin vos,
ni vos vivierais sin ella.
¡Ojalá venturas goce
en su glorioso camino,
mientras rija su destino
el Monarca ALFONSO DOCE!
¡Ojalá siempre al honor
levante soberbio templo,
siguiendo el augusto ejemplo
del Rey pacificador!

SEÑOR:

Á L. R. P. DE V. M.,

MANUEL GARCÍA DE AGÜERO.

LA GUERRA

Dueña y señora soy del mundo entero:
y, si en furor ardiendo, y en coraje,
desnudo airada mi brillante acero
para lavar en sangre un leve ultraje,
los mismos que aniquilo y desespero,
ante mis plantas rinden homenaje.
Mi nombre solo al universo aterra.
Todo cede y se inclina ante *La Guerra*.

LA PAZ

Yo soy *La Paz*. Laureles no ambiciono.
Llevo tras mí la dicha y la abundancia.
Destruyo los vestigios de tu encono
á fuerza de trabajo y de constancia.
Tranquila basto á sostener un trono,
tu altivez humillando y tu arrogancia.
Más modesta que tú, soy la más fuerte
dando la vida mientras das la muerte.

LA GUERRA

¡Qué valen tus dulcísimos cantares
ante los roncos ecos de mi gloria!
¡Qué mortal no abandona sus hogares
al sonar el clarín de la victoria!
Yo defiendo, además, los patrios lares;
y hago grabar el nombre, allá en la Historia,
del héroe que, ilustrando su carrera,
logra morir envuelto en su bandera.

LA PAZ

Lejos: muy lejos del renombre incierto
que manchado con sangre halla el caudillo,
yo de su sueño al pensador despierto;
doy á la ciencia asilo; al arte brillo.
¡Para ser inmortal, después de muerto,
su divino pincel bastó á Murillo:
y para ser gigante entre gigantes
con el Quijote le sobró á Cervantes!

LA GUERRA

Habláрasme de Rusia ó de Bretaña
y tal vez á tus ruegos me rindiera.
Mas abdicar mi imperio sobre España
que, mientras luzca el sol, será guerrera;
pretender que renuncie á la campaña
en que el centro del Africa la espera,
es detener en su camino el rayo,
es insultar al pueblo de Pelayo.

LA PAZ

¡Ay, que tienes razón! El descendiente
del Cid, de Carlos Quinto y de Velarde,
respira ansioso tu abrasado ambiente
de su heroico valor haciendo alarde.
Jamás escuchará mi voz doliente;
y si llega hasta él, será ya tarde.
Contigo vaya de su sino en pos.
Me declaro vencida. ¡España, adiós!

LA ESPAÑA

¡Pacífica deidad! Detén tu vuelo
y tiende por mi reino la mirada;
contempla la riqueza de mi suelo,
donde el trabajo eleva su morada:
mira cernerse sobre el puro cielo
la densa nube de vapor, lanzada
por mis bajeles al llevar doquiera,
á tu amparo, mi hacienda y mi bandera.

—

Escucha de mi pecho los latidos,
mientras por mis mejillas corre el llanto.
¡Mis hijos son! ¡Mis hijos tan queridos
los que causan mi pena y mi quebranto!
¡Oh! ¡Cuántos años para el bien perdidos
gastarán en rasgar mi regio manto;
mientras codicia audaz el extranjero
un sangriento girón del trono ibero!

—

No me abandones, pues, cuando clemente
el cielo, en su piedad, al fin me envía
un monarca español, joven, valiente,
que en mi cariño y en mi Dios confía.
Mi pasada grandeza está en su mente.
Sueña su corazón la gloria mía.
Pero todo su esfuerzo será vano
si la Guerra y la Paz no os dais la mano.

—

¡Paz! ¡Fecunda la industria con tu aliento:
protege mis pintores y mis vates!
¡Guerra! ¡Despliega mi estandarte al viento
si me arrastra el honor á los combates!
Una y otra prestadme vuesto acento.
Conjurad del destino los embates:
y hacedme siempre, bajo nobles Reyes,
en la guerra, triunfal; justa en las leyes.

Manuel García de Agüero.

Havre 2 de Mayo de 1885.

INDICE

Páginas

FABULAS

Páginas.

PENSAMIENTOS

Páginas.

POESÍAS



PRECIO: 4 PESETAS

Se vende en las principales librerías